

DYLAN MARTINS - JANIS SANDGROUSE

¡DESMADRE

*Y en
Escocia!*



¡DESMADRE

*en
Escocia!*

Primera edición.

¡Desmadre en Escocia!

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Abril, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

Esta novela, es por y para Las Chicas de la Tribu, especialmente para Mila V., Laura De, Carmen G., Silvia M., Ana María O. y Lourdes G., puesto que, en esa pequeña locura de “juego” que se nos ocurrió, fueron ellas las afortunadas de ver sus nombres en esta historia.

Gracias a todas, tanto a las seis, como al resto de chicas que, siempre, día a día, nos siguen en esta aventura, nos alegran con sus comentarios, sus posts, y esos ratos donde la risa es nuestra compañera.

Gracias, por tanto, os queremos.

Una mención especial, para nuestra compañera Carlota, a quien quisimos darle una sorpresa bautizando con su nombre a la protagonista.

Esperamos que disfrutéis de este viaje a Escocia.

Dylan & Janis.

Prólogo



Esta es la historia de seis hermanas, seis mujeres que, siendo unas niñas, crecieron únicamente con el amor y el cariño de Inés, su madre.

El amor llegó a Inés, cuando menos lo esperaba, de la mano de un misterioso escocés que la colmaba de atenciones.

Con el tiempo, ese amor dio sus frutos, y nacieron las trillizas Carmen, Silvia y Ana.

La pareja estaba feliz, el amado de Inés, era un padre atento y cariñoso, pero sus viajes y largas estancias en su Escocia natal, lo mantenían separado de sus chicas.

Con el paso de los años, el amor entre ambos seguía vivo como el primer día. Inés se sentía la mujer más feliz del mundo y esa felicidad se vio aumentada cuando, a los cinco años de nacer las trillizas, llegaron a la familia Mila y Laura, dos mellizas que duplicaron la alegría para ambos padres.

Su escocés, el amor de su vida, era el mejor padre del mundo y, aunque siguiera viajando a sus tierras, no desatendía a sus chicas y a la vuelta las colmaba de regalos, besos y abrazos de esos que, para Inés, siempre fueron tan valiosos.

Contaban las trillizas con ocho años, y las mellizas con tres, cuando llegó una nueva bendición para todos. La pequeña Lourdes, se convirtió en la muñequita de sus hermanas y en el ojito derecho de Inés.

Siempre se ha dicho que los hijos llegan con un pan debajo del brazo, pero, para Inés, la llegada de Lourdes, venía acompañada de una amarga verdad que nunca supo.

Un secreto que, tras varios años, finalmente vio la luz...

Los viajes, las largas estancias en Escocia, esas ausencias de su gran amor en aquellas tierras lejanas, no eran por cuestiones de trabajo, como ella pensaba, sino porque allí tenía otra familia.

Inés, con el corazón roto en pedazos y con todo el dolor del mundo, tomó la decisión que más le había costado en la vida, dejar al hombre que tanto amaba y al que, bien sabía ella, jamás podría olvidar.

Él, no es que luchara mucho por su querida Inés, como solía llamarla, sino que decidió que aquello era lo mejor y dejando España, regresó definitivamente a Escocia, para no volver.

A pesar de que ninguno quisiera saber del otro nunca más, él, como el buen padre que había sido, no dejó ni un solo mes de mandarle dinero para sus hijas, pues eran suyas también, aunque las hubiera dejado.

Las más mayores preguntaban siempre cuándo regresaría su padre, pues, aunque estaban acostumbradas a sus ausencias, siempre regresaba y les daba el cariño que nunca les faltó.

Pero ese hombre, ese padre al que tanto querían, nunca regresó, por lo que la pequeña Lourdes, ni siquiera lo conoció, solo supo que existía, que vivía en Escocia y que las había dejado a todas por su tierra natal.

Las seis hermanas crecieron sin él, tan solo viendo aquellas viejas fotos que su madre conservaba, recuerdos de un amor tan grande como nunca más sintió otro, y es que Inés, desde que el escocés se marchara, vivió por y para sus niñas.

Con el paso de los años todas se fueron olvidando de ese hombre que les dio la vida, hasta que la desgracia volvió pisando fuerte con la muerte de su adorada madre.

Unas palabras dichas en su lecho de muerte, fueron el detonante para todo lo que estaba por llegarles.

—Me enteré que vuestro padre murió —fue la confesión de Inés que, con lágrimas en lo ojos, recordó a ese hombre al que tanto había amado—. Tenía dos hijos, vuestros hermanos, Sloan y Sim, de vuestra edad —señaló a sus tres hijas mayores, las trillizas Carmen, Silvia y Ana—. Tenéis que hacer lo posible por conocerlos, ni ellos, ni vosotras sois culpables de los actos de vuestro padre, además, sabéis que siempre mandó dinero para ayudarme a sacaros adelante, sé que os quería, aunque a mí me dejara. Hijas, estoy segura que, siendo como era, algo en herencia os dejaría.

Las seis se miraron y, cuando Inés cerró los ojos, partiendo así al lugar en el que volvería a encontrarse con su gran amor, todas decidieron cumplir con esa última voluntad de su madre. Conocer a sus hermanos.

Y así fue como, mi mejor amiga, Lourdes, me pidió que, como buena abogada que me consideraba, investigara lo necesario sobre su padre y esos dos hermanos de los que acababan de saber su existencia.

En el bufete en el que trabajaba con mi hermano Enrique, comenté el caso de mis amigas y empecé a investigar tal como me habían pedido. Mi hermano me ayudó bastante y eso fue lo que hizo que, en cosa de un año, ya tuviera todo atado y bien atado.

Papeleos, negociaciones, más papeleos, conversaciones y alguna que otra amenaza, y, por fin pude darles una respuesta a las chicas.

Los mellizos Sloan y Sim, habían accedido a dejar que todas nos alojáramos en sus tierras, allí en Escocia para llevar a cabo las negociaciones y que las seis tuvieran las mismas posibilidades que ellos a reclamar todo lo que su padre hubiera dejado en herencia y fuera repartido, en su justa medida, en ocho partes, una para cada hijo del difunto.

Así que, aquí me veía con las seis hermanas, a quienes a veces y de modo cariñoso las llamaba, mis mujercitas, por aquella famosa película de cuatro hermanas y servidora, Carlota, la abogada, preparando un viaje a Escocia que, sin que ninguna de nosotras lo supiera, nos cambiaría la vida.

Si era para bien o para mal, no podría deciros, por lo que os invito a seguir leyendo y descubrir

que, cuando se juntan siete amigas para hacer un viaje a un lugar que tantas veces han querido visitar, las risas, las locuras y algún que otro desmadre, están más que asegurados.

¿Nos acompañáis en esta divertida y alocada aventura? Mis mujercitas y yo, prometemos ser buenas... O tal vez no.

Capítulo 1



Había quedado con las chicas directamente en el aeropuerto, así que iba con tiempo de sobra, me tomé un café y, tras coger las maletas, bajé a esperar el taxi.

Mi hermano me llamó para decirme que, si necesitaba ayuda, lo avisara, que se presentaba en Escocia, para poner orden inmediatamente.

Subí al taxi y le mandé un mensaje a Lourdes, para que supiera que iba de camino, me dijo que, vale y que, si no las veía, las esperara en la cafetería.

Llegué al aeropuerto y ahí que fui con mis maletas en busca de las chicas. Di pronto con ellas, pues no era difícil, sobre todo, cuando hay tres idénticas, aunque vistan diferentes.

Aquello parecía una excursión, todas con sus maletas, Mila con una guía de viajes en la mano y Carmen leyendo algo en Internet.

A saber, qué estarían investigando ahora esas seis. Miedo me daban.

—Ya estoy aquí —sonreí, cuando se giraron al escucharme.

—Pues ya estamos todas, vamos que nos vamos —dijo Silvia, dando esas palmadas.

—Parece que nos vamos a la guerra —murmuró Ana.

—Hombre, depende de cómo se porten vuestros hermanos, habrá guerra o no.

—Guerra en las Highlands. Lo veo —dijo Laura.

—Vamos a ver, las negociaciones han sido intensas, pero os aseguro que, como que me llamo Carlota, que esos dos, por muy escoceses que sean, accederán a daros lo que os pertenece.

Subimos al avión, ocupamos nuestros asientos, unas delante y otras detrás, y seguimos las instrucciones que daban las azafatas, al pie de la letra.

Las chicas, aunque no lo dijeran, estaban nerviosas porque iban a conocer a sus hermanos mayores, bueno, tenía entendido que apenas eran unos meses mayores que las trillizas.

Vaya con el padre, la que había liado él solito. Menuda prole tenía, era como “papuchi”, el condenado.

—Bueno, a ver, que digo yo que, aunque vayamos a sacarle los ojos a los mellizos esos...

—Vuestros hermanos —le recordé a Silvia.

—Sí, sí, por supuesto, nuestros amados hermanos —menudo pestañeo me hizo la muy cabrita—. Pues eso, que digo yo que podremos salir por allí a tomar algo, ¿no? Vamos, no iremos a estar en aquel rancho metidas dos semanas.

—Para empezar, Silvia, no vamos a un rancho, viven en Escocia, no en Texas. Y, para seguir, claro que podremos salir, que yo también quiero conocer Escocia.

—Eso me gusta —dijo Laura—, yo quiero ir a una auténtica taberna escocesa.

—Y conocer escoceses, no te olvides, niña —rio, Mila.

—Vuestros hermanos lo son —volteé los ojos.

—¡Oye! Que con esos no podemos liarnos, abogada —protestó Ana.

—Lourdes, cariño —la cogí de la mano—. Recuérdame por qué voy con vosotras. No, no, eso no. Recuérdame por qué soy vuestra abogada.

—Porque vas a pillar un buen dinerito —contestó, frotándose los dedos delante de mí— de lo que saques para nosotras por la herencia.

—Gracias, cariño, necesitaba recordarlo, es que me siento ahora mismo con vosotras, como Alice, la niñera de la familia Brady.

Acabaron todas muertas de risa, y yo también, claro estaba, pero es que en ese momento me sentía como si llevara de excursión a un grupo de girl scout, que hasta me daba miedo intentar salir con ellas por Escocia.

Pero eran mis amigas, aunque Lourdes fuera con la que había forjado nuestra amistad, esas seis hermanas eran también mi familia.

—Perdone, azafata —la llamó Mila, cuando pasó por nuestro pasillo— ¿Me podría traer un zumo de naranja?

—Enseguida —sonrió.

—Para mí, de pomelo.

—Yo lo quiero de melocotón.

—Yo uno de tomate, por favor.

—¿De ciruela tenéis?

Una a una, fueron pidiendo la bebida que quería, hasta que habló la que faltaba.

—A mí de mango, guapa —soltó Silvia. La madre que la parió.

—En serio, parece que voy con un colegio —negué.

—Anda, anda, con lo bien que te lo pasas tú con nosotras.

—Sí, Carmen —contesté—, pero es que sois como los jinetes del Apocalipsis, solo que os habéis reproducido por el camino.

Acabamos muertas de risa, pero porque así éramos las siete juntas, unos torbellinos de mucho cuidado.

Que se prepararan los hermanos porque... ahí llegaban las españolas para poner sus vidas del revés.

El avión aterrizó en Escocia, después de un vuelo donde le hubiera puesto a más de una de las hermanas un bozal y es que no veas qué vuelo me dieron...

—Callaros todas y escuchadme —dije, intentando poner un poco de orden—. Cogemos las maletas y afuera nos espera un furgón para trasladarnos a Fort Williams, con eso os quiero decir, que nadie se pierda ni se quede atrás, que vosotras con el lenguaje tenéis un problema.

—Si solo fuera de lenguaje... —murmuró Silvia, causando una risa en todas.

—Anda, seguidme —negué riendo y es que esa mujer era para temblar, no se callaba ni debajo del agua.

El chico que nos iba a trasladar nos esperaba con un cartel con mi nombre tal y como lo pactamos.

Nos montamos en el furgón después de casi bailarle unas sevillanas y ponerle la cabeza como un bombo y nos llevó hasta las tierras donde pasaríamos lo que esperaba no fuera más de dos semanas.

Cuando llegamos a las tierras, esas que nos dejó impresionadas y con un castillo digno de película de highlanders, nos recibió Liam, el capataz de aquel lugar.

Nos acompañó a la parte de atrás, cosa que no me cuadraba y, cuando llegamos a una especie de mazmorras que había, sí, unas antiguas mazmorras que habían habilitado con camas y tenían baños, allí estalló la guerra.

—Diles a los desgraciados esos que todo esto es nuestro también. ¿Qué cojones se creen para meternos aquí como si fuéramos ganado? —gritó Silvia, que por poco le pega a Liam, que ni la entendía.

—No te entiende, déjame a mí —evité reírme porque las seis estaban liando la “marimorena”.

Liam me explicó que Sloan, me esperaría en el porche delantero en media hora para comenzar las negociaciones, le dije que, de acuerdo.

—Chicas, mantengamos la calma, ellos tienen derecho a la mitad por parte materna y aquí venimos a por la otra mitad, es normal que al ser su residencia puedan decir quién entra y quien no, al menos nos dejaron donde dormir.

—Pues me parece una faena —murmuró Laura.

—A mí una putada muy grande, joder, que somos sus hermanas por parte de padre —respondió Ana.

—Yo me voy a dedicar a repartir hostias y me voy a quedar tan campante —murmuró Silvia, poniendo su maleta en la cama que había elegido para ella y abriéndola.

Nos dividimos en las dos habitaciones que había, lo bueno es que, entre las dos, había una puerta que las comunicaba y que dejamos abierta.

La verdad es que la sensación era extraña, fría, aquel lugar era algo que ponía los pelos como escarpías.

—Os juro que dé ser por mí, la herencia se la podían meter por el culo. Qué asco de gente, y

pensar que llevan un poco de mi ADN... —murmuró Mila, sentándose en la cama con semblante triste.

—Mira, aquí venimos a resolver la herencia y luego que les den, pero que les den bien y listo. Esto no se le hace ni a un perro, serán desgraciados —dijo Silvia, que estaba que se comía a alguien y se quedaba tan pancha.

—Bueno, ahora hablaré con él y se lo diré, lo que no entiendo por qué no estarán los dos.

—Deberíamos ir todas —murmuró Carmen.

—No, porque ni vais a entender, os voy a tener que traducir, a ellos también y se va a liar la de Dios. Dejadme a mí, que en peores plazas he lidiado.

—No te vayas a dejar engañar —advirtió Laura.

—¿Yo? —me eché a reír.

Capítulo 2



Fue salir a hablar con ellos, cuando me veo a Silvia, poniendo delante de esas habitaciones una bandera de España y bien grande. En ese momento no sabía si echarme a reír o a llorar.

Me dirigí a la parte de delante de la casa principal y ahí estaba Sloan, con un vaso de lo que podría ser un whisky.

Si digo la verdad, me impactó. Tenía el pelo recogido en una coleta, lo debía de tener por los hombros, rubio, liso, era guapísimo, parecía un actor de Hollywood.

—Gracias por el alojamiento —dije con ironía, extendiéndole la mano cuando se levantó a recibirme y me señaló la silla para que me sentara.

—No hay dé qué, quería haceros sentir como en casa —soltó el capullo con más ironía si cabía— ¿Qué deseas tomar? —preguntó cuando vino la mujer del servicio, al menos por la ropa eso parecía.

—Un café con leche y, si puede ser, acompañado de unas galletas o pastas, como que tengo hambre. Por cierto, ¿cómo se supone que vamos a comer, cuando ni tenemos cocina?

—Por eso no te preocupes —le hizo un gesto a la mujer para que se marchara a ponerme lo pedido—. Ahora os pasarán las horas de comida, y en la nave contigua a vuestro alojamiento, ahí os la pondrán, además, si vais y miráis, tenéis neveras con bebidas y una despensa con comida por si os entra hambre a deshora.

—Bueno, nos tendremos que adaptar a las circunstancias, pero vamos, no es manera de recibir a tu familia.

—No es mi familia, mi familia es mi hermano, lo único que me queda de mis padres, que en paz descansen.

—Quieras o no, son tu familia, tienen tu sangre...

—No voy a entrar en debatir cosas que no tienen que ver con la herencia.

—Pues vamos a ello...

—Mejor.

—La mitad de todo esto es de ellas seis y vosotros dos por parte participativa de vuestro padre.

—Mi padre.

—Vuestro padre, de lo contrario, ellas no pintarían nada aquí.

—Sigue.

—Del efectivo que dejó en el banco les pertenece todo a partes iguales con vosotros, ya que de vuestra madre recibisteis la parte correspondiente cuando esta murió, con lo cual, lo demás era únicamente de vuestro padre.

—Me parece bien.

—Y de la empresa.

—La empresa la llevamos nosotros y no daremos ni un duro.

—Legalmente le tenéis que dar o, participaciones o dinero para adjudicaros vuestra parte.

—No estamos por la labor.

—Pues durará mucho el litigio.

—Perderéis el tiempo aquí.

—Tienen todo el tiempo del mundo y yo por larga estancia sacaré un pastón que encima tendréis que pagar vosotros, pues os lo pediré a través del juez por no haber puesto voluntad en ello.

—Tengo que hablar con mi hermano.

—Hazlo, luego vuelvo a las ocho de la tarde y me haces la propuesta.

—Si la hubiera...

—Más os vale.

Me trajeron el café y unas pastas, él se quedó en silencio mirando a la nada, como pensativo, y yo tenía claro que mis defendidas iban a cobrar hasta el último céntimo de lo que les pertenecía.

—Por cierto, cuando bajé vi que estaban colocando una bandera de España.

—Ajá. ¿Algún problema?

—Me parece una falta de respeto.

—Pues el mismo que habéis tenido vosotros metiéndonos en las mazmorras.

—No os hemos encerrado.

—Atreveros a hacerlo —le hice un guiño— y veréis lo que es un asalto al castillo.

—No me retes...

—Claro que sí, por supuesto, trátanos de segunda y verás cómo se las gastan “tus hermanas” — hice el entrecomillado con las manos, me tomé el café y me levanté—. A las ocho, espero que lo tengáis todo claro.

Me fui de allí sin que dijera una sola palabra más, mejor, porque no íbamos a llegar a ningún acuerdo con esa cabezonería suya. ¿Su hermano Sim, sería igual? Y, lo que no sabíamos ninguna, ¿lo habría sido su padre?

Llegué a las mazmorras, que no lo eran, pero joder sí lo parecían, y se escuchaba la música a todo volumen.

Entré y allí las vi a las seis, bailando y cantando una canción de Manuel Carrasco.

—¡Carlota! —gritó Lourdes, y bajó el volumen— ¿Qué ha dicho nuestro hermano?

—Que tiene que hablar con Sim, y es que se niega a daros algo de la empresa.

—¡A tomar por culo “to”! —soltó Silvia, yendo hacia la puerta— Se va a cagar el energúmeno ese.

—¡Eh, eh! Quieta “pará” tú ahí, alma de cántaro. Aquí la que habla por vosotras y hace las negociaciones, soy yo, así que, chitón.

—Carlota...

—Silvia, calladita. Punto en boca, hija, hazme caso por una vez.

—Venga, hermana, tranquila —Carmen la cogió por el brazo y la llevó a la cama a sentarse con ella.

—Es que veo que no van a darnos ni la hora, esos dos capullos —seguía quejándose—. Si papá

sabía que nos darían problemas, ¿por qué se enrolló con nuestra madre? Joder, él ya tenía una familia y, para colmo, preñó a nuestra madre tres veces en la vuelta de esos viajes. Podría haber sido sincero desde el principio, digo yo.

—Entonces no estaríamos aquí ninguna, Silvia —miré a Mila y seguía con la tristeza en el rostro.

—Eso es cierto, chicas —dijo Lourdes—. Y vosotras llegasteis a conocerle, os quiso mucho, jugaba con vosotras. Yo, ¿qué recuerdo tengo de mi padre? Una triste foto del día que nació, porque a los dos días se largó y no volvió.

—Lourditas... —Me acerqué a ella y la abracé— No te me pongas triste, anda. Ya sabes que al final ese par accederá.

—Bueno. Y, ¿cómo es, aparte de un poquito gilipollas? —preguntó Ana.

—No sé si decíroslo, sé de alguna que se va a cabrear.

—Venga, habla, a peor no puede ir la cosa —dijo Silvia, pues bien sabía que me refería a ella.

—Las trillizas, os parecéis a él, igual que Lourdes.

—¡Vamos, no me jodas!

—Silvia, calla mujer —le pidió Mila—. Sigue, Carlota, por favor.

—Es rubio, como lo era vuestro padre, se parece un montón, solo que él, tiene el pelo en media melena, recogido en una coleta, eso sí. A ver, como amiga y mujer, os diré que tenéis un hermano que está buenísimo.

—Chicas, hemos perdido a la abogada —dijo Mila, haciéndonos reír a todas.

—No, tranquila, que está bueno, alegra la vista y tiene un buen repaso vuestro hermanito, pero yo he venido aquí a ganar. No pienso irme hasta que les saquemos lo que os corresponde por

derecho. Seréis las pequeñas, pero estáis legalmente reconocidas como hijas, aunque vuestros padres no se casaran nunca.

—Chicas, estamos aquí por mamá —dijo Lourdes—, no tenemos que olvidarnos de eso. Hicimos una promesa el día que murió, esta era su última voluntad.

—Lo sé, hermanita —Silvia se levantó y le dio un abrazo antes de besarle la mejilla—, pero, ten por seguro, que yo soy como la princesa del pueblo, por mis hermanas...

—¡Ma-to! —coreamos todas, al unísono.

Desde luego que esas seis mujeres eran una auténtica piña, su madre había hecho un buen trabajo, sacándolas ella sola adelante.

Estaba convencida de que, por muy chulo que se me presentara Sloan, o que pudiera llegar a ser también Sim, en cuanto conocieran a sus hermanas, las iban a coger un cariño brutal y tenerlas en palmitas.

Al menos, eso deseaba y espera que ocurriera.

Capítulo 3



Las ocho y fui a encontrarme de nuevo a Sloan, esta vez estaba con Sim. Eran la noche y el día, este era moreno.

Se presentó con una sonrisa más falsa que todas las cosas y rápidamente, comenzaron a decir que con la empresa no había trato, que esa llevaban mamándola desde que tenían dieciséis años.

—Pues entonces nos vemos en el litigio.

—Vamos, que vienen como los huracanes, queriendo arrasar con todo.

—Mira, Sloan —me dirigí a él, porque fue quien hizo ese comentario—. Vienen a por lo que es suyo y no os quitamos de que sea cierto que la habéis mamado como decís, pero ellas tienen derecho a la parte que mamó su padre como fundador y los años que dedicó a esta. Solo os pedí que ofrecierais una parte y sin que nosotras cuantificáramos, pero, si no queréis, será cuantificada legalmente.

—¿Qué precio tienes? —preguntó Sloan, y casi me da algo.

—¿Cómo?

—Que qué precio le pones a tu trabajo por dejar zanjado el tema de la empresa y que esta quede aparte.

—Mira —estiré las manos y puse cara de querer matarlo—. No tienes dinero en el mundo para comprarme —le hice un guiño.

—Pon una cifra y veremos...

—La cifra la pondréis vosotros para ellas y, si no lo hacéis, la pondré yo, y, si no aceptáis, creedme que nos veremos en los tribunales y rezad para que no asalten el castillo, entonces os vais a cagar. Demasiada paciencia, están teniendo todas. Ya os digo que no las conocéis, porque en menos que canta un gallo, os ponen esto patas arriba.

—No nos dan miedo —sonrió con chulería.

—Ni a nosotras tampoco —lo miré de forma intimidatoria.

Lo peor de todo es que era jodidamente sensual y se hacía muy difícil mantenerle esa mirada que te abría en canal, tenía un punto de esos que es el conjunto de las cosas para ponerme a temblar las piernas y lo que no son las piernas, pero en lo judicial no iba a poder conmigo. Ya tenía a mi hermano Enrique que había sido el mejor de mis maestros.

Me tomé un vino que me habían ofrecido mientras charlaba con ellos, bueno, mientras nos amenazábamos mutuamente, pero a mí es que eso me daba igual. Sabía que los estaba poniendo nerviosos y eso era lo que quería, ponerlos tan nerviosos que quisieran perdernos de vista y, por ende, accedieran a hacer la liquidación de la herencia.

La verdad es que en el fondo los veía que iban a acceder, aunque estaban intentando por todos los medios persuadirme de lo contrario, pero claro, conmigo lo iban a tener demasiado complicado, y es que, por mis niñas, me comía a esos dos highlanders, para que no encontraran sus cadáveres.

Sloan se quedaba más pensativo, sin embargo, Sim, me miraba sonriendo, el jodido también era atractivo.

Terminamos la charla y les dije que al día siguiente vendría a desayunar, así tal cuál, que estuvieran preparado con un buen desayuno para la reunión y que ahora les daba tregua para pensar entre ellos qué solución encontrar, de lo contrario, la daría yo, así que me despedí con seguridad, altivez y chulería y me fui con un contoneo de caderas de aquí te espero, como buena española, sin dejarse pisotear.

Cuando llegué a nuestros aposentos (más sarcástica yo y no nacía), las chicas estaban ya cambiadas de ropa, y es que íbamos a cenar a la nave en la que me había asegurado Sloan, que teníamos lo necesario para subsistir.

Joder, parecíamos prisioneras de guerra. Me reí con ese pensamiento.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Silvia.

—Dinos que mañana firmamos y podemos volver a casa, no aguanto tanto lujo y glamour, me está empezando a dar alergia —Laura también tenía su punto sarcástico, sí.

—Por el momento se mantienen en sus trece, nada de la empresa para vosotras.

—Pero, ¿estos quién se creen que era nuestro padre? ¿Julio Iglesias?

—Hombre, el padre del gran Julio por lo menos, que no veas si tuvo hijos, Mila —le contestó Ana.

—Desde luego, más vale que todo quede resuelto en unos días, porque te juro que entro en esa casa y la desvalijo —soltó Carmen.

—Tranquilas, chicas, de verdad, que esos dos al final acabarán accediendo, vamos, como si tengo que llamar a mi hermano para que nos ayude, que yo soy buena, pero él es un jodido tiburón en esto.

—Enrique el Uno, como Atila, que arrasa por donde pasa —dijo Lourdes, y acabamos todas riendo.

—Venga, vamos a la nave que nos espera la cena —dije, mientras salía.

—Bienvenidas a la nave del misterio —escuché a Mila, a mis espaldas—. Esta noche, desde Escocia, veremos qué sorpresas nos depara la hora de la cena.

—Tía, me acabo de cagar de miedo —dijo Ana.

—A ver si dejas de ver esos programas, que menudas noches me das —protestó Laura.

—Vamos, ni que yo tuviera la culpa de que nuestros queridos y amados hermanos, nos metieran en una puta nave a cenar.

—Venga, venga, halla paz, chicas —abrí la puerta y ahí estaba la famosa nave.

Efectivamente, tal como me había dicho Sloan, había neveras, comida, bebida, un equipo de música y hasta una bodega.

—Huy, huy, el tesoro de los highlanders —dijo Carmen, al ver la bodega y cogió una de las botellas— ¿Un vinito, chicas?

Abrimos la botella y nos la tomamos con la cena, pero es que, después de esa, nos bebimos otra.

Silvia encendió el equipo de música, que iba con bluetooth, y conectó su móvil.

Lourdes, ni corta ni perezosa, lo subió aún más y abrió la puerta de la nave, saliendo fuera dando palmas y cantando.

Cosa que hicieron todas, así que, siguiendo el famoso “donde fueres, haz lo que vieres”, salí con ellas y tuvimos nuestra noche de baile flamenco a la escocesa. Lo peor de todo es que Silvia, Mila y Laura, llevaban una botella de vino o whisky cada una, que íbamos pasando de unas a otras. Miedo me daba al imaginar cómo nos levantaríamos a la mañana siguiente, porque beber aquello y así, directamente de la botella... era para matarnos.

Pero es que, según se acababa una botella, alguna de las hermanas entraba por otra.

—Esto también es nuestro —decía Mila, con ese tono de voz que delataba que ya iba un pelín contenta.

Y entonces sonó una canción de Niña Pastori con la que todas, pero todas, las siete sin excepción, nos vinimos arriba y empezamos a cantar, pero a gritos, mientras íbamos hasta la casa.

«Cuando te beso, cuando te miro

Cuando te digo cariño mío

Llega la noche, la madrugada

La luna siempre se queda calla'...»

Ahí estábamos las siete, en la casa, cantando debajo de las ventanas, sin saber dónde carajos dormían sus hermanos, pero a aquellas horas de la noche, como que muy bien no les estaría sentando nuestra bonita serenata.

Vimos que se encendían varias luces y acabamos saliendo todas de allí corriendo hacia la nave.

Cerramos la puerta, apagamos todo y nos fuimos hacia las habitaciones.

A mí me pareció ver a alguien acercarse, no sabría decir si era alguno de los hermanos, el capataz o un fantasma, pero de que vi una sombra, estaba más que convencida, vamos.

Ni nos quitamos la ropa, así tal cual nos metimos en la cama a dormir, tapadas hasta las orejas, no fuera a ser que viniera alguien a las mazmorras a ver si éramos nosotras las escandalosas, que nos haríamos las suecas, pero bien.

Vaya plan, como si aparte de nosotras hubiera más invitados en esa casa...

Capítulo 4



Me desperté a lo justo para el desayuno de reunión que tendría con los chicos, o con uno de ellos. Estos, me daba que iban a su bola y lo que dijera el otro estaba bien.

Las chicas comenzaron a decirme que les diera caña y que me cagara en sus putas vidas, así, literal, Silvia no tenía pelos en la lengua.

Llegué y solo estaba Sloan, mirándome fijamente, sentado de lado y con una mano apoyada y con algo en ella que jugaba entre sus dientes y ni una sonrisa, se notaba que no había follado, pero vamos, yo tampoco y ahí que estaba tan feliz.

—Buenos días, señor de la profunda sonrisa —sonreí con amplitud, sentándome.

—Buenos días, españolita —murmuró sin dejar de mordisquear eso y sin sonreír, encima era borde, pero lo de españolita...

—Mira —dije poniendo las dos manos sobre la mesa y echándome hacia adelante para intimidar y, de paso, que viera el buen escote que tenía—. Lo de españolita no, españolona, mujerona, cosa que un hombre que seguramente hasta usa falda, no creo que sepa qué significa eso —vi que miró a mi escote y sonrió, sí, le saqué la primera sonrisa con mis dos grandes armas—, así que, dedícate a llamarme por mi nombre que bien bonito es —me senté.

—¿Y cómo dices que te llamabas? —un mes hablando por teléfono y me preguntaba el nombre, ¿lo mataba o me volvía a levantar para darle otra vez dos buenas razones para que recobrar la memoria?

Me eché hacia atrás con la silla, llevaba una falda corta de volantitos, tenía las piernas cerradas,

las abrí y las crucé a lo Sharon Stone.

—Capulla, me llamo capulla —dije, encendiendo un cigarro que tenía en mis manos.

La cara de él fue para haberla grabado y subirla al YouTube, me iba a forrar de lo viral que se iba a hacer.

—Creo que voy a necesitar otro rato para recapacitar la propuesta que traía en mente.

—No estoy en venta —le hice un guiño y me pegué a la mesa para tomar el café.

—Veo que lo controlas todo.

—Ya te he dicho que soy mujerona, sabía que serías presa fácil —le hice un guiño tocando todo su ego.

—Me juego contigo lo que quieras, que hago que aceptes mis condiciones —me devolvió el guiño.

—Propón —le di una calada al cigarro y solté el humo hacia él.

—Venía a proponerte sesenta mil euros y quedaba todo listo, pero ahora te ofrezco cien mil y pasas veinticuatro horas conmigo en el castillo —en ese momento casi me ahogo con el cigarro. ¿En serio me estaba diciendo eso?

—No, sesenta mil es muy poco y lo otro, es una limosna, así que no. Quiero de la empresa cien mil, o vamos a juicio y pediremos los trescientos mil que les corresponden —. Me mordisqueé el labio, este no sabía que a cabrona no me ganaba nadie.

—Cien mil y pasas un día bajo mi voluntad —murmuró, causándome una carcajada.

—No, no hay trato —le di un mordisco al bollo.

—Esta noche estaré aquí a las ocho por si has barajado mi oferta, si no estás, daré todo por concluido y nos veremos en el juzgado y os desearé una buena estancia en las tierras —dijo con retintín—. Si vienes, no saldrás de la casa hasta mañana a las ocho de la noche. Por cierto, para ellas cien mil por la empresa y para ti, diez mil por el trabajo.

—¿Me estás llamando puta...? —Me puse la mano en el pecho.

—No, pero tanto tú, como yo, sabemos que nos ponemos bastante —movía el café y ahí que soltaba eso tan sereno.

—Te equivocas, tú no me pones ni nerviosa —sonreí con ironía.

—Abogada y mentirosa, ¿todas las mujeronas son así? —La pasividad que tenía me mataba, ¿no tenía sangre? ¿No reía? Una leve sonrisa de victoria era lo que le salía a lo sumo.

—Y cabronas, que no se te olvide —me levanté, me tomé de un sorbo el café y lo miré—. Antes de las ocho quiero respuesta, cien mil para ellas por la empresa, o nos vemos en los tribunales.

—Te ratifico ya que no hay trato. O vienes a las ocho con mis condiciones, o no esperes nada de mí —volvió a guiñarme el puto ojo, ese que a ver si le daba un tic y me reía un rato.

—Nos vemos en los tribunales —sonreí.

—A las ocho te espero —entonó con seguridad.

Le hice una peineta, o sea, le saqué el dedo y me marché tan campante.

Lo que tenía que escuchar una, madre del amor hermoso...

Sí, era abogada, y había llegado a acuerdos casi millonarios con la parte demandada en infinidad de ocasiones, hasta mi hermano los había conseguido, pero, ¿esto? Jamás de los jamases, vamos.

En mi vida un demandado me había ofrecido dinero por pasar tiempo con él y que, de ese modo,

mis representados salieran bien parados con sus cuantiosas indemnizaciones.

En fin... Ya se sabe que hay que cosas que es mejor ver para creer.

Cuando llegué a las habitaciones y me preguntaron qué habían decidido los capullos de sus hermanos, no sabía si contarles la barbaridad que me había propuesto Sloan, o no.

Pero bueno, eran mis amigas, además de representadas, y tenían derecho a saberlo, así que ahí que fui, a coger el toro por los cuernos y contarles la propuesta.

—Joder con nuestro hermanito, se acaba de marcar un Robert Redford —dijo Mila, arqueando las cejas.

—Un, ¿qué? —rio Lourdes.

—Hija, que le ha hecho a nuestra abogada una proposición indecente, como el rubio a Demi Moore en la peli. Vamos, que el escocés te quiere poner mirando al Lago Ness, chata —Mila, me hizo un guiño y solté una carcajada.

—Ya le he dicho que nanai, que vaya pensando que nos veremos en los tribunales, si no accede a los cien mil que pedimos.

—Y mira que es poco, que nos conformamos con eso en vez de reclamarles los trescientos —comentó Ana.

—Nuestra madre debe estar sufriendo por nosotras —escuché decir a Lourdes.

Era la pequeña, no había conocido a su padre y solo sabía lo que les contó su madre, aunque, por lo que me habían dicho las chicas, el padre nunca dejó que a ellas les faltara de nada, no dejó ni un solo mes de pasarles la pensión.

—Pues mira, qué quieres que te diga, abogada... —Miré a Silvia, y miedo me daba esa mujer, a saber, qué barbaridad soltaba por la boca— Si está bueno, te pone y te ofrece diez mil euros,

tíratelo y que te quiten lo “bailao”.

—No eres más bruta... —reí.

—Oye, pues tiene razón —miré a Mila, que fue quien habló esta vez—. No me mires así, son veinticuatro horas, no un mes. Vas, cenas, te echa unos polvillos mágicos, te llevas una buena propinilla y además una alegría para el cuerpo.

—Desde luego, si dices que se parece a nuestro padre, pues tiene que estar buenísimo —me dijo Laura.

—Lo está, sí, pero...

—Pero nada. Aprovecha, mujer, y tírate al rubiales —Carmen, me dio una palmada en la espalda.

Se pusieron a recoger un poco la mazmorra, sí, ya se había quedado con ese nombre nuestro maravilloso alojamiento, mientras yo pensaba en esa propuesta.

Fuimos a comer a la nave, lo que nos habían dejado tenía muy buena pinta, además de estar riquísimo, y eso era de agradecer.

Acabamos y las vi salir cantando y bailando, llevaban el móvil de Silvia como si fuera un radiocasete y me tuve que echar a reír, al verlas hacer la coreografía completa del famoso “Aserejé”. Desde luego, parecían las Ketchup.

Fueron hasta la casa, dando la serenata de nuevo, vamos que, si esa gente dormía siesta, estas no les iban a dejar.

Yo no cantaba ni bailaba, pero me reía lo que no estaba escrito.

—¡Sloan! ¡Que la abogada te va a enseñar lo que es una mujer de verdad! —gritó Silvia, y quise matarla, menos mal que en esas tierras nadie hablaba español.

—¡Te vas a cagar, rubiales! —soltó Carmen.

—¡Sois uso cobardicas, que le tenéis miedo a seis chicas! —Miré a Lourdes, que era la que había gritado en ese momento— ¡¡Somos vuestras hermanas, no el enemigo!!

Y ahí, llevaba razón.

Les pedí que volviéramos a la habitación, no quería que esos dos les cogieran más manía de la que pudieran tenerles y, después de darle muchas vueltas a la proposición de Sloan...

—Voy a ir —dije, entrando en nuestro alojamiento.

—¿Con Sloan? —preguntó Mila.

—Sí, no pierdo nada, ¿no?

—¡Esa es mi chica! —gritó Laura— Déjalo seco.

—¡Hala, la bruta! —rio Ana.

Todas empezaron a aplaudir y a decirme que hacía bien en darle una alegría al cuerpo y que disfrutara de esas veinticuatro horas de sexo y desenfreno.

—Y ahora, ¿qué me pongo?

—Menos braga, porque no las vas a necesitar, lo que quieras —contestó Silvia.

—Pues nada, a buscar en el armario.

Me di una ducha, las chicas me ayudaron a elegir la ropa, a maquillarme, peinarme y ya estaba lista para esas veinticuatro horas a merced del escocés.

Capítulo 5



Llegué sabiendo que él se iba a sentir campeón, pero no sabía que estaba jugando con la reina, la reina de sacar de quicio a cualquier persona y que lo pactado le iba a salir muy caro.

La cena estaba puesta para él y para mí, estaba seguro de que yo iba a ir.

Sonrió, me dio un sobre que abrí y estaba todo firmado para la liquidación, los cien mil de la empresa incluidos y las ochenta y seis mil quinientas libras esterlinas en efectivo, que equivalían a mis diez mil euros.

—¿Puedo ir a dejarlo a la mazmorra? —pregunté con retintín.

—No, hasta que no cumplas, ese sobre no sale de aquí.

—Puedo correr.

—Te cogería y sería peor —murmuró, mientras movía la copa de vino que sujetaba en la mano.

—No me das miedo.

—Me alegre —me hizo un guiño.

Cogí mi copa de vino y le di un trago, bueno uno detrás de otro porque estaba riquísimo.

—Entonces, que me quede claro —cogí un trozo de queso— ¿Me darás de comer durante las veinticuatro horas o solo me vas a estar follando? —pregunté, como la que no quiere la cosa.

—Nadie te dijo que vinieras a eso, pero no estaría mal.

—Venga ya, que se puede deletrear la palabra que se refleja en tus ojos.

—¿Y cuál es?

—JO-DE-TE —pronuncié con las pausas y bien claro, si no lo entendía era su problema, esa no se la iba a traducir, pero vamos, le salió una sonrisa.

—Creo que no das una —pues sí que lo entendió.

—Ya veremos, pero vamos, paciencia chaval que donde pisa mujerona, que se quite el resto.

—Quiero ver eso.

—¿Dentro también hay una mazmorra? —pregunté con retintín.

—No, pero sí hay un castillete donde solo caben dos personas y hay una cama —arqueó la ceja.

—Échame otra copa de vino —le dije alargando la mano—. Al menos que entre alcoholizada.

—Poco valiente eres —dijo, sirviéndola.

—No, pero para aguantar a alguien como tú, hay que tener mucho temple.

—Entonces estás reconociendo que no lo tienes.

—Estoy diciendo en mi jerga, que, para estar con un hombre como tú, hay que tener muchas agallas —me encogí de hombros.

—Lo estas deseando...

—Baja de la nube, chaval, baja de la nube.

Sí, reconozco que, dentro de mi tranquilidad y buen temple, ese hombre me estaba poniendo un poquito nerviosa, nadie se sorprendería, ¿verdad?

A ver, que tener a semejante tío delante imponía una barbaridad, era bastante más alto que yo, tenía una mirada de esas que erizan la piel y una sonrisa matadora.

«En fin, a centrarse Carlota, que la noche va a ser larga» Pensé.

Bueno, qué coño la noche, si me esperaban veinticuatro horas por delante con él...

Miraba el sobre y barajaba la posibilidad de cogerlo y rápidamente salir de allí corriendo, posibilidades tenía, pero también era cierto que en dos zancadas que diera él, me habría cogido, seguro.

Pues nada, a seguir con la cena y esperar que las veinticuatro horas pasaran rápidas y veloces.

—Así que —dije, dejando la copa de vino en la mesa para que me sirviera más, pero se quedó mirándome con la ceja arqueada, como si no fuera a rellenarla, por lo que la moví delante de sus narices para que lo hiciera. Y lo hizo, menos mal—, he conseguido de vosotros una de mis condiciones para mis representadas —sonreí.

—Y yo, otra de ti.

—Ah, o sea, que las veinticuatro horas son solo contigo, tu hermanito no está al tanto de esa... proposición.

—No —se puso serio, más de lo que ya era— ¿Esperabas que así fuera?

—A ver, que igual soy muy mujer para ti solo, pero igual tú no puedes con todo.

—¿Eso crees? —De nuevo esa ceja arqueada que me ponía de los nervios.

—Ajá —me llevé la copa a los labios y di un trago, largo, muy largo. Vamos, que me acabé la copa.

Él sonrió al verme, no sé si porque se había dado cuenta de que me marcaba un farol de tres pares de narices, o porque se me notaban los nervios, pero vamos, al final sí que me iba a meter en esa casa con una borrachera del quince, o del veinte, porque al paso que iba, me acabaría sola esa botella y las que quisiera traer Sloan.

—Lo que está claro, es que has venido.

—Lo he hecho por mis representadas. Que aceptéis la oferta de los cien mil por la empresa, me parece perfecto.

—¿Solo por ellas...?

—Así es.

—Vaya, que buena abogada, que se sacrifica durante veinticuatro horas por sus clientas. ¿Lo haces con todos? —Entrecerró los ojos.

—Depende del cliente y del demandado en cuestión —ahí iba otro farol, claro que sí, ¡que no decaiga la fiesta!

—¿Cuántas veces lo has hecho, antes de esta?

—No pienso contestar a esa pregunta, que, por cierto, no tiene nada que ver con el tema de la herencia que les corresponde a tus hermanas.

—No son nada para mí, salvo unas oportunistas.

—Eso sí que no te lo voy a consentir —le señalé con el dedo—. No hables mal ni menosprecies a

mis representadas y amigas, porque, déjame decirte, que no tienes ni idea de cómo han sido sus vidas.

—Bien, centrémonos entonces en... nosotros.

—Sí, mejor. Dime, ¿en qué van a consistir, exactamente, mis servicios durante las próximas... — Miré el reloj antes de seguir— veintitrés horas?

—¿Ya ha pasado una hora? —preguntó en respuesta— Qué rápido se me ha ido el tiempo.

—Claro, es que cuando la compañía soy yo, el tiempo no pasa, sino que vuela —bebí de mi copa, y de nuevo esa leve sonrisa en su rostro.

Desde luego, sí que debía cobrar caras las sonrisas, porque no le había visto poner una completa por sí solo, ni de coña, vamos.

—Cenemos, antes de que tengamos que entrar.

—Vamos, que, sutilmente, me estás diciendo que coja fuerzas para los polvos que me vas a echar las próximas horas.

—Vienes a este encuentro con una idea muy poco exacta a lo que yo pensé, pero, si eres capaz de sacrificarte por tus representadas...

—Y amigas, que no se te olvide —le señalé con el dedo, mientras sujetaba mi copa.

—Y amigas —asintió—. Yo podría hacer lo mismo por mis bienes.

—Vamos, ni que follar conmigo fuera un sacrificio, por favor... —negué.

—Y no lo es, básicamente porque tanto tú, como yo, estamos deseando perdernos entre las sábanas.

—Desde luego, estás tú de un subidito que no veas. Te tienes muy creído que me pones, machote.

—No me lo tengo creído, españolita, sé que te pongo —me hizo un guiño y siguió cenando como si nada.

Y yo también, mientras me tomaba ese vino que estaba delicioso y entraba solo.

No sé las copas que tomé, pero me notaba hasta menos nerviosa, al menos era esa la sensación que me daba. Y, justo entonces, llegó el momento de la verdad.

—Vamos, señora abogada —dijo, poniéndose en pie y tendiéndome la mano—, entremos.

Me levanté, armándome de valor y preparándome para ir allí adónde fuera que quisiera llevarme ese condenado escocés.

Capítulo 6



Me adentré en esos muros del castillo y lo que vi dentro me sorprendió mucho, la casa estaba dividida en tres, como me fue explicando. Un ala completa con una escalera hacia la parte de arriba, también dividida, era la casa de su hermano Sim.

En el centro había un patio interior, con mesas y jardines, increíble. Al fondo, la cocina con una escalera hacia arriba en donde estaban lavadoras y despensas de comidas, así como congeladores.

Luego al otro lado del ala, abrió una puerta con llave y esa era su casa. Alucinando estaba con aquello.

En la planta de abajo, un salón con cocina y un baño. En la parte de arriba un dormitorio enorme lleno de armarios empotrados, preciosos, como todo. Todo estaba puesto con muy buen gusto y en plan rustico, también había un impresionante cuarto de baño, que en la bañera debían caber al menos, cinco personas.

Arriba el castillete y sí, una cama grande y redonda donde a un lado había cojines y haciendo de aquello como un sofá, mirando para todas las partes de las tierras, me encantó.

—Pues si te gusta, ya tienes tu cama para esta noche —murmuró, mirándome mientras escondía esa sonrisilla.

—No me importaría, así veo a mis niñas —esas que, por cierto, estaban jugando a la comba con una cuerda que se habían encontrado en algún sitio y es que me tuve que reír al verlas.

—Veo que se lo pasan bien...

—Genial, nosotras es que en cualquier sitio somos felices, no como otros.

—¿Y quién te dice que no lo sea? —Llegamos de nuevo abajo, al salón y se puso a servir dos copas de vino.

—Una persona que no tiene intención de conocer a sus hermanas y que le importa más el dinero que la voluntad de su padre, ¿qué me puedo esperar de ella?

—No tienen sangre escocesa.

—La tienen, aunque te joda —cogí mi copa.

—Di lo que quieras, eso no representa mi verdad.

—No te tengo que representar en nada, para eso tengo a esas seis adorables hermanas.

—Me alegro por ellas —se sentó en un taburete que había por fuera de la encimera de la cocina.

—No te alegras, solo quieres quitártelas de encima —me apoyé sobre la barra, quedando de pie frente a él.

—Quiero que esto termine ya, no contaba con ese intrusismo.

—Claro, tú pensabas que nadie iba a venir a reclamar lo suyo.

—Me enteré en su lecho de muerte.

—Pues si no llega a ser porque te buscamos, no mueves un dedo para entregarles su parte.

—Pues claro que no lo iba a mover.

—Highlander... Mucha falda y pocos huevos —me reí y vi que le salió una media sonrisa.

—No me has visto con falda.

—Pero te imagino.

—Además, se llama Kilt.

—En España se llama falda escolar para los uniformes de las chicas —sonreí con malicia.

—Nos copiáis en todo.

—Ya salió su ego escocés —me reí— ¿De qué clan eráis? —pregunté con ironía.

—Me estás retando mucho —arqueó la ceja.

—Pues aún nos quedan más de veinte horas, así que, fijate tú lo que te queda.

—Bueno, puedo hacer que te mantengas callada —carraspeó y rellenó su copa, no veas cómo empinaba el codo.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Y, ¿cómo, si puede saberse?

—De muchas formas.

—Dime una —insistí.

—Besándote, por ejemplo.

—Puf, qué manera más sosilla —volteé los ojos.

—Sosilla, ¿eh? —Arqueó la ceja.

—Pensaba que dirías algo más... divertido.

—Divertido, como qué.

—¡Ah, no! Yo no digo nada, el que me quiere mantener callada eres tú.

—Bueno, callada completamente tampoco.

—Vamos, que me quieres dejar sin voz de tanto gritar mientras me follas.

—Puede —me hizo un guiño.

No, si razón llevaba las chicas cuando decían que disfrutara si me echaba unos polvillos y después que me quitaran lo “bailao”. A este se le veía con todas las intenciones, como había dicho una de sus hermanas, de ponerme mirando al Lago Ness.

—Bueno, y qué hacemos ahora, ¿una partidita al parchís? —pregunté, mirando el reloj— Porque el tiempo va pasando y... —Arqueé las cejas.

—¿Al parchís? —se rio un poquito, muy poquito, pero ahí estaba esa risa, vamos que al final hasta se acabaría soltando conmigo.

—O a la Oca, lo que veas.

—A la Oca.

—Claro, ¿no has jugado nunca a la Oca? De Oca a Oca, y te beso porque me toca.

—Creo que tu juego de la Oca, y el mío, no son iguales.

—Vamos, hombre, todo un escocés como tú, ¿no ha jugado a la Oca en el instituto? Con lo divertido que era.

—¿Con cuántos chicos te besaste en ese juego?

—A ti te lo voy a decir... —Volteé los ojos, y de nuevo su risa.

A ver por qué no se reía más, con lo bien que le quedaba.

—¿Te apetece que juguemos a la Oca? —Arqueó la ceja.

—Tú lo que quieres es comerme los morros, jovencito.

—¿Tan joven te parezco?

—No, hijo, podrías ser mi hermano mayor.

—¿Otra más? Al final voy a tener que contratar un investigador que indague en el pasado de mi padre, a ver cuántas hijas más tiene perdidas por el mundo.

—Mira qué buen reportaje de televisión, las hijas del highlander —dije, moviendo la mano a modo de titular de prensa—. Oye, que, si tu padre era un tipo importante por estas tierras, eso sería una bomba.

—¿Más dolores de cabeza? No, gracias, ya tengo seis ahí abajo —señaló hacia la zona donde estaban las chicas y, en ese momento, pude escuchar la música, aquello me sacó una sonrisa—
¿Van a estar así hasta que se marchen?

—O hasta que les des la oportunidad de conocerlas y entender que no son tan malas cómo crees.

En ese momento las escuché canturreando por las tierras, la madre que las parió, qué noche me

iban a dar, lo veía venir.

—¿Qué cantan? —preguntó Sloan.

—Flamenco, a su manera, claro está.

—Espero que en España no cante así todo el mundo.

—Así, ¿cómo?

—Como si fuera un gato al que han pisado la cola.

—Huy, lo que ha dicho —me llevé la mano a la frente—. Si te escucha Silvia...

—¿Esa quién es?

—Esa es una de las trillizas, hijo de mi vida. Es que no te has molestado ni en aprenderte sus nombres. Me da mí que la coleta te tira demasiado.

Y volvió a reírse, un poco más esta vez.

—Si te dijera lo que me tira, en este momento, te escandalizarías —murmuró, poniéndose en pie.

—¿Tú crees? Prueba a ver —dije, apoyando los codos en la mesa y la barbilla en ambas manos.

—¿Segura? —Arqueó la ceja.

—Segurísima.

—Me tira... —pero no dijo nada, tan solo vi que desviaba la mirada a mi escote con esa sonrisa de medio lado.

—Veo que te gusta lo que tienes delante.

—Debería estar ciego para que no fuera así, eres una mujer preciosa.

—Ah, te parezco preciosa, mira qué bien. Y yo que pensaba que solo te habías fijado en mis gemelas.

—¿Gemelas? —volvió a reír.

—Ajá. Car —me señalé el pecho derecho— y Lota —señalé el izquierdo.

Aquello le hizo reír aún más, y yo casi que había disfrutado de esa risa.

Se disculpó un momento para ir al baño, y no me pude contener.

—Sí, colócate bien el paquetito, a ver si lo vas a perder.

Me miró arqueando la ceja, como que me había pasado con eso de “paquetito” porque imaginaba que el señorito no andaba mal de talla, pero es que había descubierto que me encantaba buscarle la lengua.

Me quedé sola esperando que saliera, y no podía dejar de pensar en lo mucho que me ponía el condenado escocés.

Capítulo 7



Lo sentí salir, yo estaba de espaldas cuando noté que me rodeaba por la cintura y se pegaba a mi cuello.

—Y ahora es cuando dejamos de lado las negociaciones y disfrutamos de este momento — murmuró, consiguiendo que se me pusiera la piel de gallina.

No dije ni, por aquí te pudras, en ese momento solo sentí que se me subía todo del estómago y que ahí, acababa de caer rendida a sus pies, pero no podía ser. Tenía que fingir normalidad, aunque, ¿cómo se hacía eso teniendo a un hombre como él pegado a mi espalda y rodeándome con esos brazos que eran una locura para mi mente?

Me dio la vuelta, me dejó apoyada sobre el taburete, se puso entre mis piernas y me besó, así, sin previo aviso, me besó con una intensidad que comenzó a hacerme sentir como si me estuviera quemando, el tío se las traía.

El beso fue largo y duradero, mientras sus manos me pegaban a él con firmeza, podía hasta notar su miembro a través de ese vaquero que llevaba puesto.

Paró y me miró con la ceja arqueada.

—¿Otro vino? —pregunté, intentando quitar la cara de imbécil y cogiendo mi copa para que me la rellenara.

—Claro —esbozó una sonrisa.

Rellenó las copas, se sentó en el taburete y me pegó a él, agarrándome por la cintura.

—Te felicito por tus agallas de haber aceptado venir conmigo.

—Es que tantos días que nos esperan aquí, pues mira, esto es como una excursión para mí —solté con indiferencia, pero no, me temblaba todo.

—Pues espero que te lo pases genial en las atracciones —volvió a pegarme más y me besó.

Y sí, me había soltado una indirecta a lo que iba a pasar y que yo, yo quería que pasara, si no, no estaría aquí, pero joder, es que era un tipo que atraía y mucho. Era una de esas cosas que, si tienes la probabilidad de probar y no lo haces, es que eres tonta y más, cuando yo no tenía nada que me atara ni me impidiera hacerlo.

Era parco en palabras, pero cuando hablaba era para soltar una perlita de las suyas, la verdad es que era ese maldito control y seguridad que tenía ante todo lo que me hacía desvanecerme en mil pedazos y caer rendida ante él. Así me sentí, cuando yo era la mujer más segura de este planeta. ¿De qué pasta estaba hecho ese hombre?

Sus manos ya estaban posadas a sus anchas en mis glúteos, esos que apretaba con firmeza cuando me miraba ocultando esa sonrisilla que podía ver a través de su rostro.

No tardó en comenzar a quitarme la camiseta y dejarme con el sujetador, ese que era de encaje negro como las braguitas.

Como ya dije, tenía buen pecho y esa era la razón de que los mirara con ese deseo, hasta que me giró y con su total tranquilidad lo desabrochó y lo echó hacia un lado para ponerlo sobre la encimera.

Le escuché soltar el aire cuando me tuvo de nuevo, cara a cara. Se inclinó y fue directo a uno de mis pezones, mordisqueando y succionando mientras me miraba con esos ojos.

No pude evitar que mis manos fueran a su cabello, le deshice la coleta y dejé que le callera la

melena a los lados. Por Dios, ¡qué sexy estaba!

Siguió excitándose con sus labios y lengua, mientras notaba una mano en cada muslo, subiendo, poco a poco, haciendo que me estremeciera al contacto de las yemas de sus dedos. Yo enredé los míos en ese pelo tan sedoso que tenía. Tiré de él, cuando me abrió las piernas y posó una mano, justo ahí, en ese punto palpitante de mi sexo que ya estaba más que deseoso de que ese hombre lo tocara.

Me subió la falda, dejándola alrededor de mi cintura, metió la mano por mi braguita y comenzó a tocarme el clítoris, solté un gemido.

Me penetraba con el dedo mientras me mordisqueaba el pezón, aquello me estaba matando, pero de placer.

Abandonó mis pechos y fue directo a mis labios, besándome con una fiereza que no esperaba, pero que me excitaba aún más.

Fue bajando con cortos besos por mi cuello hasta detenerse en el hombro y, en ese momento, con un ritmo más rápido y frenético, mientras yo gemía y gritaba presa del inminente orgasmo que se acercaba, me mordió levemente el hombro y tiré de su pelo cuando me corrí a chillidos.

—Espero que tengas fuerzas aún —murmuró— porque todavía no hemos acabado, españolita.

Volvió a besarme mientras llevaba ambas manos al borde de mi braguita, se apartó y fue agachándose mientras la bajaba por mis piernas. La sacó, dejándola en uno de los taburetes y, agarrándome por las caderas, me miró mientras se acercaba con esa sonrisa de medio lado hasta que noté su lengua por esa zona que estaba más que excitada.

Menuda forma de lamer, madre mía, qué maestría tenía el muy jodido. Me estaba encendiendo más por momentos, no dejaba de jadear y gritar, hasta que hizo que me corriera de nuevo.

Fue entonces cuando, en un rápido movimiento, me giró, recostándose en la encimera con los brazos hacia delante.

—Agárrate ahí, españolita, con toda la fuerza que puedas —susurró en mi oído, y con ese tono de voz ronca que tenía, me estremecí por completo.

—¿Qué vas a hacer, escocesito?

—Follarte, como nunca te han follado —murmuró, mientras escuchaba cómo se bajaba la cremallera para después ponerse un preservativo.

Y, tras esa declaración que hizo que el corazón me latiera a mil por hora, y notara que se me contraían todos los músculos internos de mi vagina, me mordisqueé el labio y grité al sentirlo entrar en mí, de una fuerte estocada.

Joder, menudo polvo me iba a echar, madre mía.

Me agarraba las caderas con fuerza, pero a la vez, con cuidado de no hacerme daño y dejarme marcas.

Con cada meneo de cadera me parecía que entraba mucho más al fondo, yo no dejaba de gritar, mientras escuchaba el sonido que hacían nuestros cuerpos al chocar.

Me movía hacia adelante y atrás, deslizándome en la encimera y aquello hacía que mis pezones se pusieran un poco más erecto por el roce, consiguiendo que mi excitación aumentara más por momentos.

Noté que enredaba una mano en mi melena, le miré y en sus ojos podía ver el deseo que sentía. Me mordisqueé el labio y aquello debió ser la gota que colmó el vaso de su límite.

Tres estocadas más, rápidas y fuertes, y nos corrimos gritando los dos.

Se quedó dentro de mí, quieto y buscando el aire que le faltaba, mientras yo permanecía jadeante, recostada en la encimera, con los ojos cerrados y casi sin fuerzas.

Cuando lo noté salir, le miré y me dio un azote en la nalga derecha. Me incorporé como pude mientras lo veía quitarse el preservativo y tirarlo, arreglarse la ropa y darme la braguita.

Me la puse, me coloqué bien la falda y, entonces...

—Buenas noches, españolita —me dio un beso y acto seguido me señaló hacia arriba.

Hacia arriba, o sea, hacia el castillete y él, se metió en su cuarto.

¿Se podía ser más hijo de la gran china?

Me echa un polvo, de esos que sabes que harán historia en los polvos de tu vida y, ¡me manda a dormir sola! Vamos, no me jodas.

Cogí la camiseta, el sujetador y me fui para arriba, allí donde me quería esa noche. Joder, ni que fuera yo la Rapunzel esa a la que tenían castigada en lo alto de una torre.

—¡Gilipollas de mierda! —grité, en español, por supuesto, para que no me entendiera, mientras soltaba la ropa que llevaba en la mano, en esa cama en la que iba a dormir.

Sí, follaba bien, pero resultaba ser un gilipollas, menudo escocés estaba hecho.

Vamos, cuando se lo contara a sus hermanas, alucinarían.

Me metí en la cama y me costó coger el sueño. ¿Pues no me había puesto a pensar en el imbécil que acabada de echarme un polvo?

La madre que me parió...

Capítulo 8



Me desperté escuchando a Silvia gritar mi nombre y dándome los buenos días. Tenía un torrente que no sabía cómo le salía tanta voz en ese cuerpo.

Abrí la ventana y le grité, consiguió localizarme y se vino debajo de mi ventana.

—¿Has follado? —preguntó a chillidos y yo le hice un gesto de que se callara, me moría con ella.

—Luego te cuento —murmuré haciendo el gesto con los dedos.

—Vale, aprovecha lo que te queda de día, cuñada —gritó la descarada.

Bajé para ir al baño y ya estaba él preparando el desayuno.

—Buenos días, qué sorpresa, pensé que llamarías a la cocinera.

—Buenos días, mujerona —soltó con retintín—. Vas a probar el mejor desayuno del mundo.

—Sí claro —volteé los ojos—. Voy al baño, con su permiso.

—Todo el del mundo —arqueó la ceja.

Joder, cómo me ponía ese hombre, aunque había perdido puntos enviándome sola a dormir arriba, pero debo reconocer que fue coger el sueño y dormí tan plácidamente.

Me duché y salí con un vestidito de algodón de mangas cortas y de cuello de pico, era suelto y me

llegaba hasta la rodilla, era muy cómodo y si se suponía que iba a estar ahí hasta las ocho de la tarde, pues no me iba a poner un vestido de fiesta.

—Espero que no lleves ropa interior —murmuró al verme.

—Pues claro que la llevo —sonreí acercándome para desayunar.

—Vuelve y la dejas en el baño.

—A sus órdenes —me llevé la mano a la frente.

Joder qué comienzo de mañana, pero vamos por diez mil euros y lo bueno que estaba, salía hasta en pelotas.

Me quité la ropa interior y la dejé a un lado del mueble de lavabo, me miré al espejo y me veía con el guapo subido, así que salí hacia fuera dispuesta a ver cómo se sucedía el día.

Desayunamos entre indirectas, a él le iba la marcha y a mí el contestar con el arte que mi madre me había parido, así que conseguía ponerme en mi lugar a pesar de que me producía una tensión increíble.

Preparó unos sándwiches mixtos junto al café y los zumos, la verdad es que se lo había currado el hombre.

Obviaba todas las preguntas o conclusiones que yo sacaba sobre su vida o él, era un hombre muy hermético, a más no poder, como si tuviera una barrera infranqueable a la que no se podía acceder.

Pero iba dejando entrever esa sonrisa con la que me hacía sentir responsable de ella, pues de otra cosa no podía ser, a no ser que fuera del triunfo de haber ganado, pero vamos la que gané era yo, pues no se podía ni imaginar que una noche con él me la hubiera pegado sin cobrar y hasta sin haber acuerdo, que para eso yo era libre de hacer con mi vida y mi cuerpo lo que me diera la gana.

Vamos que me decía que me quedara otras veinticuatro horas y no lo dudaba ni lo más mínimo, total hasta dentro de tres días no teníamos la cita de notaría.

—Espero que esta no sea la única comida que voy a tener en todo el día.

—Por supuesto que no.

—¿Vas a pedir la comida?

—Cocinaré yo.

—¡Anda! ¿Sabes cocinar? Chico, eres una cajita de sorpresas. No sabía yo que el escocés seríote sabría cocinar.

—No soy tan serio como crees.

—Te ríes poco.

—No trabajo en un circo, no tengo que estar todo el tiempo riendo.

—No hijo, y menos mal que no trabajas ahí, que los pobres niños saldrían asustados.

—¿Qué te llevó a estudiar derecho? —preguntó de repente.

—Pues me gustaba, mi hermano también lo estudió y me dije vamos a trabajar juntos. Y ahí estamos, en el despacho que te va a sacar los ojos.

Volvió a regalarme una de esas risas que tanto le costaba soltar, y yo sentía que ese hombre se metía poco a poco en mí. Vale, la noche anterior se había metido mucho en mí, pero ya me entendéis.

Y empezamos a hablar de vinos, yo no entendía mucho, pero si me gustaba el sabor pues ya me

conformaba, la verdad era esa, así que dijo que iba a abrir una botella de las mejores que tenían en sus bodegas.

—Está muy rico —dije, tras dar el primer sorbo.

—Sí, una buena cosecha ese año.

—Bueno, y ¿qué me vas a dar de comer?

—Pues tengo algo que, si quieres, te lo voy dando de aperitivo.

—¡Hala! Viva la sutilidad —reí, a sabiendas de qué era a lo que se refería.

—No creo que te vayas a asustar de lo que te diga, después de lo que pasó anoche entre nosotros —arqueó la ceja y dio un trago a su copa.

—Asustarme no, pero que no me esperaba que fueras a decirme algo así. Venga, ahora en serio, ¿qué vamos a comer?

—Yo, a ti, de postre —me hizo un guiño y noté que me ruborizaba por completo.

Joder, menuda mirada me había echado, pero es que lo peor de todo es que yo quería que me comiera, de postre o como plato principal, no me importaba.

Y pensar que este viaje era para sacarle lo más grande a estos dos hermanos, madre mía, si mi hermano supiera que estaba durmiendo con el enemigo.

No, durmiendo no, que después de follarme contra la encimera, me mandó al cuarto de arriba sola.

Con unas copas de vino fuimos a la cocina y le vi preparando la comida, esa que resultó ser el *scotch broth*, un estofado de carne, verdura y avena que, solo con el olor que salía de la olla, ya me estaba abriendo el apetito, además de una empanada de carne de segundo.

La verdad es que se desenvolvía muy bien en la cocina, vamos que se notaba que no era la primera vez que estaba entre ingredientes y fogones.

—Eres todo un “cocinillas”, por lo que veo —dije, cogiendo un palito de zanahoria que acababa de cortar.

—Y tú una impaciente —sonrió al verme.

—¿Yo? No, para nada, esto es un aperitivito, hombre.

—Anda, toma —me dio un trozo más grande de zanahoria, y me eché a reír.

Ahí me quedé observándole, mientras troceaba las verduras para echar en la olla con la carne y la avena. No dije nada más, me limité a dejarle preparar la comida mientras yo disfrutaba del vino, y de ese cuerpo que Dios y la santa naturaleza le habían dado.

Me llegó un mensaje de Lourdes, preguntando si seguía viva, se lo dije a Sloan y sonrió mientras negaba.

—No sé qué clase de ogro pensarán que soy.

—Hombre, me retienes aquí veinticuatro horas, mis chiquillas se preocupan.

—Ya veo, ya.

—Voy a decirles que sí, que todavía no me has comido.

—Eso es, todavía —sonrió de nuevo, y a mí se me cayó la boba con esa sonrisilla que tenía el muy pillín.

Capítulo 9



Nos sentamos a comer y él no dejaba de hablar en ese momento por teléfono de algo de su empresa, esa que se dedicaba a la exportación de sus propios vinos, esos que tenían en tierras que habían sido partícipes de la división de la herencia, vamos que iban a tener que pagar por todo, pero dinero tenían, habían amasado una fortuna en su parte que tenían de la empresa y que el padre les donó cuando tenían dieciocho años.

Una vez que comimos nos subimos al castillete, me hizo un gesto y nos dirigimos hacia arriba.

Se sentó apoyado en los cojines mirando las vistas que teníamos ante nosotros, me hizo un gesto para que me sentara entre sus piernas y eso hice, sentarme de espaldas a él que no tardó en meter la mano por debajo de mi vestido y acariciarme la entrepierna.

Con ese mismo brazo las separó dejándome completamente abierta e introduciendo dos de sus dedos por mi vagina mientras, con su otro brazo, metió la mano por dentro del cuello del vestido y comenzó a pellizcar mis pechos.

Luego me quitó el vestido y volvió a introducirlos con más fuerza, yo eché mi culo hacia atrás y noté su miembro.

Con el dedo pulgar acariciaba mi clítoris y con su otra mano seguía apretando con pellizcos fuertes mis pezones.

Me hizo echar hacia delante y quedar a cuatro piernas ante él que seguía sentado, yo apoyada sobre mis codos y más caliente que todas las cosas, y es que así me ponía él.

Comenzó a tocarme el clítoris y penetrarme de forma intensa, tanto que podía sentir un poco de

incomodidad, pero a la vez me excitaba a más no poder, era toda una locura.

Grité de placer y caí hacia adelante cuando me corrí, pero él sin dejar que respirara, levantó mis caderas y me comenzó a follar con estocadas fuertes, sincronizadas y muy rápidas.

Cuando terminó bajó al aseo, pero me advirtió que no me vistiera, que lo esperase así.

Sabía que me iba a tener todo el día de aquella manera, pero vamos, tampoco me importaba, es más deseaba que pasara eso ya que me lo estaba pasando pipa.

Regresó con un aceite en las manos y me hizo poner bocabajo, se sentó sobre mi culo, pero sin dejar caer el peso, y me comenzó a masajear, tenía unas manos increíbles y sabía lo que hacía.

Luego se apartó a un lado y comenzó con mi entrepierna, se había echado bastante aceite y me penetraba, acariciaba el clítoris y jugueteaba con la entrada de mi ano, ese que sabía manejar a su antojo y conseguir que me excitara mucho más.

Me hizo poner boca arriba con las piernas flexionadas y abiertas, no tuvo miramiento con mi pecho de nuevo, lo pellizcaba causándome gemidos con dolor, chillaba con esa sensación que él buscaba que tuviera.

Luego, con su otra mano hizo que me corriera, vaya si lo consiguió, me llevó a un orgasmo en el que disfruté como una loca.

Me quedé recostada en la cama mientras iba al aseo, mirando hacia las tierras.

La verdad es que, la paz que se disfrutaba desde ese rincón, me tenía enamorada.

Le escuché llegar y se metió conmigo en la cama, abrazándome desde atrás y dejando un beso en mi cuello.

Podíamos escuchar a las chicas, que estaban con una de esas fiestecitas suyas y correteando por las tierras.

—¡Carlootaaa! —ahí estaba Silvia, llamándome a voz en grito, y me eché a reír.

—¿Quién de todos mis granos en el culo es?

—No llames así a tus hermanas.

—Insisto, no son mis hermanas.

—Lo son, por mucho que quieras negarlo. Y esa es Silvia, una de las trillizas. De tu edad, por cierto.

—Vamos, que mi padre dejó la semillita pero que muy bien puesta hace treinta y seis años.

—Desde luego, cinco hijos en dos partos. Menudo macho estaba hecho, donde ponía el ojo, ponía la bala.

—Después van las mellizas, ¿no?

—Sí, veo que hiciste los deberes, por mucho que no sepas sus nombres ni quieras aprenderlos. Lourdes es la pequeña, ella nunca conoció a vuestro padre.

Y se hizo el silencio. Vale, que no era el mejor momento para hablar de aquello, pero vamos que había sido él quien preguntó quién era la que me llamaba.

Me cogió la barbilla con dos dedos, hizo que le mirara y me besó.

En ese momento empezamos a escuchar un ruidito, miré hacia la ventana y venía de ahí.

Piedras pequeñas golpeando el cristal, menudas ocurrencias las de Silvia, madre mía.

—¿Ahora quiere romperme los cristales? —arqueó la ceja.

Me eché a reír, pero a más no poder, cuando le vi dejarse caer sobre la almohada tapándose los

ojos con los brazos.

—Vamos a bajar a tomar café, que no quiero estar aquí cuando el cristal se rompa —dijo, poniéndose en pie.

Nos vestimos, bajamos y lo preparó para tomarlo en el salón.

Y fue allí, en el sofá, donde empezó a tocarme y besarme de nuevo hasta que me tenía preparada de nuevo.

Me quitó el vestido, colocándome de rodillas en el sofá, de espaldas a él y apoyada en el respaldo. Me abrió bien las piernas y, mientras me penetraba una y otra vez, jugueteaba con mi clítoris consiguiendo así que me fuera excitando aún más.

Había descubierto que, en determinados momentos, le gustaba darme algún que otro mordisquito en el cuello. Le miré y al ver sus ojos y el rostro cargados de deseo, llevé mi mano a su cuello para atraerlo hacia mí.

Le besé, y él me mordisqueó el labio antes de pegarme más a él y penetrarme con más fuerza, más rápidamente y con esa pasión que derrochaba en cada encuentro.

Me corrí a chillidos, y esperaba que las paredes estuvieran insonorizadas porque, de lo contrario, su hermano, y el resto de los que vivían allí, se estarían enterando de todo.

Se quedó abrazándome mientras ambos recuperábamos el aliento, me besó el cuello y salió para ir al aseo. Me vestí y cuando llegó, se puso el bóxer con los que había bajado y me llevó de la mano hasta la cocina a merendar.

—Por lo que intuyo, no vamos a salir de la casa en todo el día.

—Intuyes bien, se nota que eres abogada.

—Hombre, es que no te he visto intenciones ni de ponerte un pantalón cuando bajamos a tomar café, así que, eso ya me dijo mucho.

—Además, observadora —dijo un silbido—. En el bufete en el que trabajas, deben estar súper contentos contigo.

—Pues mira, sí, soy una de las que más casos gana al año. En eso he salido a mi hermano.

—O sea, que era cierto eso que decías de que tenía que tenerte miedo, las amenazas por teléfono no eran ningún farol.

—Obvio que no, pero vamos, que la herencia de tu querido padre, se reparte con tus hermanas, como que me llamo Carlota.

—Eso ya lo veremos.

—Ya tengo los cien mil de la empresa, pasito a pasito os iré sacando el dinerito.

De nuevo volvió a reírse, y ese simple gesto, aunque pareciera una tontería, me daba una vida impresionante, y es que verle tan serio como que no me pegaba, estaba segura que ese hombre era divertido y con su punto gracioso, pero le costaba, le costaba mucho dejar salir esa parte. Seguiría teniendo paciencia, mucha, por lo que veía.

Capítulo 10



Un café, unas pastas y unas miradas que eran de doble filo y es que tenía la sensación de que, a Sloan, le faltaba hablar, sí, así tal cual, aunque lo hiciera no era desde el corazón, él meditaba todo mucho y cuidaba cada frase que iba a decir, hasta con las que me provocaba.

—En dos horas salgo por esa puerta —murmuré, aguantando la risa.

—Y nadie te lo impedirá —para chulo sus cojones.

—Bueno, no podrías, tenemos un pacto.

—Como poder sí que puedo retenerte aquí el tiempo que quiera, pero tengo palabra de hombre y principios —me hizo un guiño.

—Principios... —me eché a reír— Sobre todo eso, con esas chicas que no tienen la culpa de lo que vuestro padre hizo y no tienes la dignidad de salir ahí fuera y saludarlas, solo por respeto, empatía y en honor a una persona que sí que se preocupó en enviarles dinero para que no les faltara de comer, o sea, vuestro padre. Ese hombre pudo quedarse con ellas y abandonaros a vosotros y ahora quizás tú y tu hermanito estaríais en España reclamando su parte y ellas os darían alojamiento en su casa y en su habitación si hiciera falta, e incluso ellas quedándose en el sofá. Esa es la diferencia de los principios tuyos al del resto de la humanidad —solté y luego pensé que se me había ido la lengua con esa sinceridad.

—¿Alguna clase más sobre valores? —preguntó, con el semblante serio.

—No por ahora, eso me nace solo y cuando escucho brutalidades.

—¿Hablamos de tus valores?

—Cuando quieras...

—¿Qué clase de mujer acepta estar por dinero con un hombre? —quiso devolverme lo que yo le había dicho y lo que no sabía es que se iba a comer otra hostia sin mano y bien grande.

—Claro, entiendo, pero también tiene su explicación —me encendí un cigarrillo y moví el café, luego levanté la cabeza y lo miré—. La diferencia es que tú, para estar conmigo, has tenido que pagar un pastón y yo para estar contigo lo hubiera hecho sin cobrar un duro, es más, me pusiste tanto, que pensé que me gustaría probar al hombre escocés, a ese que dicen que tan macho es. Así que no me acosté por dinero, pero gracias por tu donación, si no me hubiera querido acostar contigo, ni aun poniéndome un millón de euros por delante lo habría hecho, pero repito, me lo pusiste demasiado fácil y no, no soy ninguna puta, soy agradecida y te doy las gracias —dije en tono tan tranquilo y mirando cómo se ponía morado.

—Entonces, imagino que no tendrás inconveniente en quedarte veinticuatro horas más de forma gratuita.

—Te equivocas, claro que tengo inconveniente, ya te he probado y ya me he aliviado ese calentón que reconozco que me provocaste. Ahora no, no me apetecería ni por todo el dinero del mundo. ¿Sabes por qué?

—Sorpréndeme —se le veía agobiado.

—Porque una vez sí, pero nunca me acuesto dos veces con alguien para no coger feeling, cosa que contigo no podría ni intentándolo. Me van las personas con corazón, más sensibles ante los demás, los hombres de verdad y tú, con tu forma de ser, dejas mucho que desear —joder, pero, ¿por qué no me podía callar?

—Cuando quieras puedes coger el sobre e irte...

—Me queda una hora y pico.

—Dala por satisfecha.

—Pues muy bien —me levanté—. Nos vemos en tres días por notaria.

Salí de allí, pero en verdad me daba rabia. Estaba a gusto, pero, joder con la que había liado con mi ataque de sinceridad, normal que no me quisiera ni ver el pobre hombre.

Bueno, de pobre nada, que capullo era un huevo y parte del otro.

Me fui con ese contoneo de caderas que sabía le enfadaría un poquito, y es que, esa noche, no las iba a volver a catar más.

Ahí se quedaba, yo ya llevaba el sobre con ese acuerdo firmado de mis chicas.

—Esa Carlota, ¡cómo mola, se merece una ola! ¡Wiii! —grito Silvia, haciéndome la ola en cuanto entré en nuestros aposentos.

—¿Qué tal esos polvillos, fueron mágicos? —me preguntó Carmen.

—Polvazos, hija, polvazos —arqueé las cejas—. Como todos los escoceses sean así... nos veo saliendo de marcha a las siete para buscar seis hermanos para seis hermanas.

—¡No fastidies! —exclamó Mila— Desembucha, vamos, pero ya.

—¿Detalles escabrosos también? —pregunté.

—¿Cómo de escabrosos? Mira, no me digas que a nuestro hermanito le mola lo de atar y azotar, que me caigo muerta —contestó Ana.

—No, hija, eso no. Bueno, no sé, no me ha llevado a ningún cuarto de juegos ni nada de eso.

—Huy, ese debe tener una mazmorra ahí en el castillo, llena de látigos, consoladores...

—Silvia, por Dios, deja de desvariar, que no le veo yo pinta de dominante.

—Cuando le vea yo, ya te lo diré. Por cierto, si le va ese rollito, pregúntale si tiene un amigo, o dos, que yo acepto un trío con un buen par de escoceses —me reí al ver el guiño que me hacía Silvia.

—A ver, vamos a centrarnos —dijo Lourdes—. Entonces, ¿te ha tratado bien?

—Lourditas, mi niña, que no soy de porcelana, pero sí, y no.

—¿Cómo qué no? —preguntaron todas al unísono.

Y les conté lo que había pasado la noche anterior, la manera de hacérmelo contra la encimera, para después mandarme a dormir arriba.

Eran mis amigas y no nos importaba que fuera su hermano, teníamos tanta confianza que les conté todo, todo.

—Chicas, es nuestro hermano mayor, pero yo me he puesto cachonda con lo que ha contado la abogada —dijo Silvia, mientras se abanicaba.

—Nos ha jodido, hasta yo me he puesto tontorróna —reí al escuchar a Ana.

Nos fuimos a cenar a la nave, donde ya nos habían dejado una buena cantidad de comida preparada, y seguimos hablando, les dije que teníamos el acuerdo de los cien mil por la empresa y al menos las veía aliviadas en ese aspecto.

Regresamos a las habitaciones y las chicas no dejaban de decir que deberíamos salir una noche por allí a conocer en pueblo. Y a algún que otro escocés, que estaban todas como locas por catar uno.

—Yo, si me encuentro a uno con faldita, se la levanto a ver qué lleva debajo —dijo Laura, metiéndose en la cama.

—Pues, qué va a llevar, hija de mi vida —Lourdes volteó los ojos— ¿un bóxer? Anda que... A ver si te crees que van a ir por ahí con todo eso al aire y colgando.

—No me extrañaría —le contestó.

—Para que se les congele en invierno, no me fastidies. Irían todo el día con el pajarito encogido, no me digas.

—Si son como tu hermano, Lourditas, no creo que tengan pajarito, a mí me da que es más un águila.

—Joder, ¿tan grande es, cuñada? —preguntó Silvia, y yo asentí sonriendo.

—A ver ahora con qué cara miro yo a los ojos a nuestro hermano, ¡qué vergüenza! —dijo Carmen, mientras negaba.

Nos echamos a reír y seguimos hablando un rato, hasta que el sueño empezó a hacer mella en todas y nos quedamos dormidas.

Capítulo 11



—¡Buenos días, hermanas! —me desperté al escuchar a Silvia, ni dormir nos iba a dejar la muy condenada— Vamos, arriba que ya sé ve.

Y empezó a dar palmadas, para matarla.

—¿Te ha poseído el espíritu materno, o qué? —preguntó Laura.

—Te recuerdo que soy la mayor.

—No, bonita, eres la segunda —protestó Ana.

—Bueno, bueno, que Carmen se nos adelantara a ti y a mí, no quita que yo sea la mayor. Siempre he pensado que nos empujó para dentro y así salir ella antes.

—Silvia, necesitas café y dejar de desvariar —dije, levantándome.

Nos turnamos para las duchas, escogimos ropa cómoda y fuimos a la nave donde ya nos esperaba ese delicioso desayuno.

Las chicas estuvieron charlando de la posibilidad de salir ese día a conocer el pueblo, yo lo veía bien, pero tendríamos que hablarlo con el señor de la casa.

—Ni que tuviéramos que temerle, que no es el señor de las tinieblas —dijo Laura.

—Pues poco le falta, si nos metió en estas mazmorras, vamos —contestó Mila.

—A ver, la que ha pasado veinticuatro horas con él. ¿Puedes decirnos si es o no un ogro?

—Carmen, ya os dije lo que hicimos en esas horas, y no fueron veinticuatro, sino veintitrés.

—Chica, hora arriba o abajo, qué más da.

—De todos modos, hoy no porque no lo hemos organizado, pero ya saldremos a conocer el pueblo.

—Más te vale, abogada —me señaló Silvia—, que yo de aquí no me quiero ir sin conocer varón.

—Mira la otra, ni que fueras virgen —rio Lourdes.

—Niña, tampoco eso, pero yo quiero un escocés como nuestro hermano, que me ponga loca mirando del derecho y del revés.

—Y si son dos, tampoco te vas a quejar, ¿verdad? —dijo Ana.

—Efectivamente, hermana, efectivamente.

Terminamos el desayuno y decidimos salir a conocer las tierras, así que ahí que fuimos las siete, en plan, excursión.

Recorrimos todo, y anda que no era extenso aquello, como para acabar perdiéndonos.

—Aquí podemos jugar al escondite —dije, riendo.

—Pues... ¡tú la llevas, abogada! —Noté un buen manotazo en la espalda, y quise matar a Mila.

—¡Viva la delicadeza! —grité, cuando vi a las seis corriendo.

Pues nada, todas ya con bastantes años y jugando al escondite como si fuéramos niñas.

Me reí y ahí en mitad de las tierras, tapándome los ojos, empecé a contar todo lo alto que pude.

—¡Esta me la pagáis, locas! —las avisé, cuando acabé de contar.

Con todo el terreno que había allí, como para dar con ellas, pero bueno, teníamos toda la mañana libre para hacer lo que quisiéramos, aunque a las señoritas se les podía haber ocurrido dar una clase de yoga en plan tranquilo en la nave, o ahí mismo al aire libre, pero no, ellas, a jugar al escondite.

Encontré primero a Lourdes, que venía conmigo en busca del resto, después dimos con Ana, Laura, Mila y Carmen. Y, cómo no, nos faltaba Silvia.

—Esta chica es la leche, ¿dónde coño se habrá metido? —preguntó Laura, después de casi una hora buscándola cada una por un sitio diferente, y la muy jodida no aparecía.

La llamamos a gritos y nada, ni rastro de ella, como si se la hubiera tragado la tierra, pues igual.

—Esto... que digo yo, ¿y si la llamamos al móvil? —sugirió Mila.

—Sí, mejor, porque ya estoy hasta el mismísimo de dar gritos, que parezco una pastora —contesté, saqué mi teléfono y marqué su número.

Pero no lo cogía, así que me temí que se lo hubiera dejado en la cama o en la nave.

Seguimos buscando y llamándola, hasta que llegamos al muro que limitaba las tierras de los hermanos, con otros vecinos.

—Mira dónde está la hija de la gran... —Carmen, respiró hondo para no soltar una barbaridad.

Miramos hacia donde señalaba y ahí estaba la loca de Silvia, agazapada y pegada al muro, mirando hacia las otras tierras. Fuimos sigilosas y, cuando estábamos detrás, le susurré...

—Te pillé pedazo de loca.

—¡Hostias, Carlota, qué susto! —exclamó, llevándose la mano al pecho.

—Susto dice, ¿será cabrona? —se quejó Ana— ¿Se puede saber qué coño haces aquí?

—Admirando las vistas, hija, admirando las vistas.

Miramos hacia donde lo hacía ella, y ahí delante teníamos cuatro pedazos de escoceses, sin camisa, trabajando en la tierra.

—Madre del amor hermoso... —escuché que murmuraba Laura.

—Joder, cómo están los vecinos, ¿no?

—Sí, Ana, sí —contestó Silvia.

—Oye, ¿no nos habíamos quedado sin sal o sin azúcar en la nave? —preguntó Mila.

—Y sin huevos, si me apuras —dijo Lourdes.

—Yo quiero conocer a esos vecinos, que se les ve simpáticos.

—Sí, Silvia, por su simpatía los quieres conocer, claro que sí, guapi.

—Carmencita de mi vida, dime que no tienen cara de ser majísimos. Al menos seguro que nos dan una buena habitación para alojarnos.

—Silvia, recoge las babas anda hija, que nos vamos a comer.

—Abogada, yo me comía al pelirrojo, seguía con el rubio, y me tomaba café y postre con los dos

morenos.

—Anda, tira, tira...

Muertas de risa regresamos a la nave, donde ya estaba preparada la mesa, y con ese delicioso olor y la pinta tan buena que tenía, se me había abierto aún más el apetito.

De repente apareció por la nave la señora de la cocina y todas la saludamos al unísono.

—Carlota, el señor Sloan la espera para hablar con usted.

Y claro, en ese momento todas soltaron un ¡wow!, que hasta la pobre mujer se echó a reír.

—Dígale que en un rato voy, ahora terminaré de comer.

—Pero me dijo que ya...

—Y yo digo que, en un rato, tranquila, él sabe cómo me las gasto.

—Vale —apretó los dientes a modo de broma y resignación y se marchó.

—Este se piensa que yo voy a ir al momento y cuando le dé la gana, vale que folla bien, pero de ahí a dominarme va un mundo. Además, que no se le olvide que soy letrada y voy por citas, no por petición.

Todas me aplaudieron emocionadas y muertas de risa, así que comí tan plácidamente, bueno, mentira, estaba loca por descubrir qué quería ahora, pero que me iba a hacer la tranquila, me lo iba a hacer.

—¿Y si vamos todas?

—Joder, Silvia, deja la guerra que en dos días cobráis —reí.

—Es verdad, pero cuando cobre y venga a por mis cosas, esto arde te lo digo yo —se dio un beso en los dedos de su mano a modo de promesa, mientras todas reíamos.

—Déjate de arder nada, a ver si vamos a pasar los próximos diez años en una cárcel escocesa.

—Pues mira, lo mismo nos tiramos a los funcionarios.

—¡Silvia! —me reí.

—Mucho Silvia, pero ayer fuiste puta —soltó, causándonos otra carcajada.

—Fui lista, que no se os olvide —hice un carraspeo.

—Lo mismo hoy te pide que te acuestes con los dos —murmuró Lourdes, aguantando la risa.

—Pues mira, si me dan otros diez mil, me abro al mundo, no por el dinero, sino porque nunca lo hice con dos a la vez y la verdad es que tiene su morbo —me mordí el labio.

—Se te puso una cara guarrona, que no puedes con ella.

—Silvia, la que tengo —le hice un guiño—. Lo que pasa es que intento lavar mi imagen.

—Madre mía, un mes más aquí y te tiras a todo el pueblo —murmuró Carmen.

—Hombre, a todos los que estuvieran potentes y me arrimaran el fajo, total, no me van a ver más y una es buena, pero no tonta.

Me despedí de ellas para ir a ver qué quería ahora el míster ofendido, que lo dejé el día anterior con una cara que no podía con ella.

—Por cierto —dije antes de irme—, si no vuelvo en una hora o hago señales de humo, id a mi rescate, capaz es este de cualquier cosa —reí y me marché.

Capítulo 12



Estaba sentado en el porche con una copa en la mano, movía el vaso y mientras me miraba con el semblante serio.

—¿Qué le pasa a la parte contraria de mis representadas? —pregunté con ironía, mientras me sentaba y él me servía una copa.

—No me has tratado de forma justa —puso el vaso delante de mí.

—¿No me digas? —Me llevé las manos en la cara— Y, cómo has tratado tú a tus hermanas, ¿cómo se llama? —le pregunté ladeando la cara cara.

—Sigues siendo injusta.

—Nos has metido en los cuartos de las mazmorras donde habéis plantado unas camas apilonadas y os dio igual. No habéis saludado a las chicas, esas que, aunque os joda, llevan vuestra sangre, y me vienes a hablar de justicia, a mí, que precisamente estudié y ejerzo eso.

—Mi madre se enteró de todo lo que hizo mi padre y, del dolor tan grande que sintió, se suicidó. ¿Crees que tengo ganas de conocer a las causantes de que mi madre quisiera quitarse la vida? —Me reveló, dejándome atónita.

—Lo siento, no lo sabía, pero ellas no tienen la culpa, la tuvo vuestro padre. Quieras o no quieras asumirlo, él engañó a tu madre como también lo hizo con aquella mujer a la que dejó a cargo de seis hijas. Ni tú, ni tu hermano, ni ellas tenéis la culpa, y que tu madre hiciera eso no implica que tengas que cerrarles las puertas, no se respeta más la muerte de una madre por dar de lado a personas que no tienen culpa de nada. En todo caso, si nos ponemos y vamos más allá, a vuestro

padre lo habéis adorado hasta el día en que murió y ese, sí que tiene la culpa de lo que hizo tu madre, aunque un suicidio es algo voluntario, pero joder, no me des lección de algo que te duele y que eres incapaz de gestionar. Ellas son tan víctimas como vosotros.

—Lo ves desde fuera, que es lo fácil.

—Lo veo desde la forma que cualquier persona con un poco de corazón o empatía lo haría, además, me duele saber que tu madre se fuera por no soportar ese dolor, soy persona y tengo sangre, pero no culpes a esas niñas que, como tú, ya no tienen ni padre ni madre. Su madre también se fue con la pena de todo lo que hizo vuestro padre. ¿Puedes pensar un poco menos en tu culo, y ponerte en la situación de los demás?

—No me entiendes —dijo con rabia.

—No, no te entiendo, pero no te preocupes que no soy yo la que te tengo que entender, eres tú mismo el que tienes que hacerlo contigo, pero bueno... ¿Me llamaste para algo más?

—No —negó mirando al vaso.

—Pues me voy, cuando me necesites ya sabes dónde estoy y, por favor, ten las agallas de ir a buscarme sin tener que mandar a nadie, tarde o temprano te vas a tener que cruzar con ellas, por ejemplo, dentro de dos días en notarías.

—No me digas qué es lo que tengo que hacer...

—Pues no vengas a pedirme explicaciones que no corresponden, ni a decirme qué es justo o no lo es, ¿entendido?

Alargó su mano para que me fuera...

Y eso hice, marcharme de allí con una mezcla de rabia, dolor, tristeza e impotencia, que me había dejado echa una mierda.

Durante el tiempo que estuve investigando supe que la madre había muerto, sí, pero no cómo fue.

Tampoco esperaba que me confesara aquello en ese momento, ni mucho menos, pero estaba claro que él, necesitaba soltarlo para que me pusiera en su lugar.

Fui directa a las mazmorras, sabía que las chicas estarían allí esperándome, fue entrar, verme la cara, y todas se asustaron.

—¿Te ha hecho algo? —me preguntó Lourdes.

—No, tranquila, estoy convencida de que no sería capaz de hacerme ningún daño. Me ha confesado algo que... no me esperaba, la verdad.

—¿Para qué quería verte? ¿Qué te ha dicho?

—Si os soy sincera, Laura —la miré, pues había sido ella quien me había preguntado—, no sé para qué quería verme, la verdad. El caso es que me ha contado que su madre se suicidó cuando se enteró de lo que había hecho vuestro padre. Sloan, dice que ese es el motivo de que no quiera veros.

—Nos culpa de eso —dijo Mila, y yo asentí.

—Pues qué bien. O sea, es nuestro padre el que se acuesta con otra mientras su mujer está embarazada, la enamora, le hace una barriga, sigue con ella, y con su mujer, con las dos y tiene más hijas con la amante y, ¿la culpa es nuestra? Tócate las narices —protestó Silvia—. Mira, será mi hermano mayor y todo lo que queráis, pero a ese le arranco la melena y me hago unas extensiones con ella.

—Qué bruta eres, hija.

—No me jodas, Ana. ¿Vas a consentir que nos eche la culpa de que su madre muriera?

—No, Silvia, pero...

—Chicas —intervine—. Calmaos, ¿de acuerdo? Ya le he hecho ver que no es vuestra culpa, o al menos eso he intentado, porque a cabezón no le gana nadie.

—Ni nosotras tenemos la culpa, ni ellos tampoco —dijo Carmen—. Me pongo en el lugar de su madre, sabiendo lo que tuvo que pasar la nuestra, la entiendo. El hombre al que amaba la engañó durante años.

Se hizo un silencio de esos que te dejan un mal cuerpo impresionante, cogí el tabaco y salí fuera, necesitaba un cigarro en ese momento.

Me senté a la sombra de un árbol, mirando hacia el castillo, no es que esperara encontrarme con él observándome, pero podía existir esa posibilidad.

Le mandé un mensaje a mi hermano para ver cómo andaba todo por allí, me dijo que, perfectamente, aunque se notaba mucho mi ausencia en las oficinas, y se interesó por mis negociaciones.

Obviamente no le iba a decir que me había acostado con la parte contraria, me diría que eso podría llevar a un conflicto de intereses, anda que no era responsable mi hermano en esos temas.

Charlé un poco más con él, volví dentro y estaban todas vistiéndose para después ir a cenar, así que me fui a la ducha para hacer lo mismo.

—Vamos, abogada, que hoy vas la última.

—Mila, hija, para un rato que me quedo en la ducha desconectando del mundo —volteé los ojos, sonriendo.

—Si es que te tiene nuestro hermano agotada de tanto hacerte tocar la gaita.

—¡Ana! —reí.

—Dirás que no, cuñada.

—Silvia, que no soy vuestra cuñada.

—Te falta el cantito un duro, nena —me contestó Laura.

—Pues nada, para vosotras el perrito piloto.

—Vamos, que nos espera la nave del misterio.

—Mila, en serio, te voy a prohibir ver Cuarto Milenio —se quejó Carmen.

—Miedicas —murmuró mientras salíamos.

Yo apenas tenía hambre, como que se me había quedado mal cuerpo con lo de la madre de Sloan y Sim.

Capítulo 13



Llegamos a la nave y, tal como abrimos la puerta, ese ruido que hacíamos hablando unas con otras, se rompió y se hizo un silencio.

Allí estaban Sloan y Sim, los dos de pie, pegados a la mesa en la que esta vez no nos habían llevado aún la comida, eso saltó alguna de mis alarmas, solo esperaba que no fuera cierto que se nos fueran a enfrentar y dejarnos sin cenar.

—Pasad, por favor —dijo Sim, en tono amigable y fuimos entrando a paso lento a la expectativa de lo que fuera a pasar, pues no teníamos ni idea de qué hacían allí.

—Yo soy Sloan y él es Sim —dijo esta vez él, en tono también muy pacífico—. Sentimos el recibimiento que os dimos a la llegada.

—¿Qué recibimiento? Ni os dignasteis en saludar —soltó Silvia y vi cómo Lourdes le tiraba de la camiseta para que se callara.

—Tenéis razón, llevamos toda la tarde hablando sobre ello —murmuraba Sim—. Os pedimos perdón por el comportamiento tan feo e injusto que hemos tenido.

Me salió del alma y me puse a aplaudir, Sim estaba reconociendo aquello que yo le dije a Sloan y ahora me daba que pensar que habló con su hermano y se lo transmitió así.

Las chicas comenzaron a decirles que no pasaba nada, cuando Sloan y él, se acercaron y empezaron a darles dos besos al estilo español a cada una de ellas que se iban presentando.

—Yo me llamo Silvia —dijo esta, saltando en un tono que yo ya me conocía—. Y como nos volváis a tratar mal, os vais a acordar de mí toda vuestra vida —los dos asintieron con una sonrisa.

—Queríamos deciros que la cena está servida.

—Pues no sé dónde porque no la veo —contestó Silvia.

—En la casa, en el patio central —murmuró Sloan, con una media sonrisa y yo lo veía que sí, que hablaba en un tono que nada tenía que ver con la rabia anterior, le hice hasta un guiño de ojo que le hizo terminar de esbozar una sonrisa.

—¡Asalto a la casa! —gritó Laura, mientras se reía levantando las manos.

—¡Vamos allá! —contestó Carmen, muerta de risa.

Y nos fuimos para allá, habían preparado una mesa grande con la cena, nos sentamos todos alrededor de ella y mi satisfacción fue enorme cuando los chicos comenzaron a hablar de su padre, refiriéndose también a ellas. Por fin comenzaban a entenderlo y quizás todo lo que le dije a Sloan, le había causado ese cambio.

Sloan, me daba a mí que detrás de esa fachada de controlador y duro había un chico con un corazón enorme y con el sufrimiento de lo que le pasó a su madre, pero no debía de ser mala persona.

Los chicos dijeron que habían hablado y decidido que no les darían los cien de la empresa, sino los trescientos que les correspondía, no querían quedarse nada que no les correspondiese. La verdad que eso me llenó de satisfacción porque era un gesto precioso por parte de ellos.

—Nos vamos a poner finas con tanto vino —dijo Laura.

—No será porque no os bebisteis varias botellas de la bodega de la nave, y otras tantas de whisky y licor —Sim, arqueó la ceja y me contuve de reír.

—¿Qué dices, hermanito? —soltó Silvia, miedo me daba— Será que ha entrado alguien a robar, porque nosotras beber... ni una gota.

—Claro, claro, a robar. Y, en vez de entrar al castillo, que es donde están las cosas de más valor, van a la nave por unas cuantas botellas.

—Si es que hay ladrones muy torpes, Sim, te lo digo yo —contestó Silvia.

—Sí, sí ya lo veo, pero también es mala suerte, no nos han robado nunca, y es llegar vosotras...

—Pues sí que es mala suerte, sí —Laura lo miraba mientras asentía y arqueaba la ceja.

—Desde luego... anda que no tenéis morro vosotras.

La verdad es que me gustaba ver así a las chicas, con ese buen rollo mientras hablaban con sus hermanos, así es como debería haber sido desde un principio, pero a Sloan, le costaba dar su brazo a torcer.

—Carlota —lo escuché llamarme y me acerqué puesto que se había sentado a mi lado—. Quiero que te quedes aquí esta noche, tengo que hablar contigo.

—¿Cuánto me vas a pagar? —pregunté con la mejor de mis sonrisas, buscándole la lengua, obviamente.

—Lo que me pidas, españolita —me hizo un guiño, acompañado de esa media sonrisa matadora que tenía el condenado.

—Pues mira, solo por cómo has actuado esta noche, y por darle la oportunidad a tus hermanas de que las conozcas, me quedo contigo.

—Gracias —me cogió la mano y la acarició.

—¡Huy, huy! Tortolitos, los arrumacos dejadlos para cuando no estemos presentes, que es de mala educación comer delante del hambriento —dijo Mila.

—La madre que te parió —reí, y Sloan también soltó una carcajada.

Después de la cena seguimos tomando vino, ese que estaba buenísimo y entraba solo, vamos que al final me acabaría haciendo toda una experta en esa bebida.

Salió el tema de la famosa noche en la que nos pusimos a cantar y resultó que sí había bajado alguien, vamos que la figura que vi era real como la copa que tenía en la mano.

—Me disteis una noche, que no os la perdono. ¿Sabéis que se me quedó la melodía de la canción en la cabeza? —dijo Sim, y estallamos en carcajadas.

Y llegó la hora de irse a dormir, me aparté con las chicas y les dije que me quedaba con su hermano, que quería hablar conmigo.

—A ver si no te vamos a ver el pelo hasta mañana por la noche —me dijo Lourdes, sonriendo.

—Calla, que al paso que va, nos vamos para España con un sobrino en la maleta.

—¿Qué dices, Carmen?

—Carlota, hija, ya sabes lo que dicen del colchón Flex, entran dos y salen tres.

—Iros a dormir, anda, panda de locas —me tuve que echar a reír, las vi alejarse y volví con Sloan.

Capítulo 14



Fui hacia dentro y me había dejado la puerta de su casa abierta, cerré y estaba en la cocina sirviendo dos vinos.

—De las Highlands salgo puta y borracha —dije al entrar y sonrió, mirándome como nunca lo había hecho, y es que desprendía dulzura, algo que no había visto en él.

—No digas eso, la verdad es que eres una mujer con muchas agallas, te felicito.

—Gracias por haber invitado a las chicas a cenar y haber tenido ese acercamiento.

—Me diste unas clases de choque sin saberlo, que fueron bastante fuertes y me sacaste de ese pensamiento del que era incapaz de salir. Mi hermano pensaba como tú y casi ni me hablaba, pero fingió bien.

—Vaya, así que el cabezón eres tú.

—Sí —sonrió—. Te pido perdón por haberte dejado durmiendo en el castillete, no debí, fue un acto lamentable.

—Para nada, eso que te perdiste de lo pactado y yo dormí a pierna suelta —sonreí, sacándole otra sonrisa muy bonita.

—Mañana hemos hablado de preparar una barbacoa, espero que les apetezca.

—Claro, anda que no lo van a aceptar rápido.

—Bueno, entonces genial —chocó su copa con la mía.

La puso luego sobre la mesa después de darle un trago, se apoyó en el taburete y me puso en medio de él, rodeándome con sus manos por mis caderas y mirándome con una sonrisa.

—¿Sabes?

—Dime —arqueé la ceja.

—Eres la primera mujer que consigue que me fije en ella desde que... —dijo con tristeza y se hizo un silencio que respeté hasta que siguiera hablando— murió mi mujer hace tres años... —En ese momento se me cogió un pellizco en el estómago y se me quitaron todas las ganas de bromear.

—Lo siento... —dije, acariciando su barbilla con tristeza.

—Se fue con treinta y dos años, tenía aún mucha vida por delante, pero el destino fue caprichoso y se la llevó —sus ojos le brillaron y parecía que iba a llorar, pero no, no lo hizo.

—Abrazame fuerte, te sentirás mejor —murmuré, apretándolo contra mí.

—Por eso te ofrecí dinero, era una forma canalla de sentirme bien conmigo mismo, de hacer algo sin sentir que le estaba fallando, como diciéndome a mí mismo que era un polvo únicamente, fue un gesto muy deleznable.

—No te preocupes por eso, fue un juego, lo tomé así.

—No te veo como ninguna clase fea de mujer, todo lo contrario, te veo como una persona admirable y con las gallas de enfrentarse al mundo para decir la verdad, así duela o no guste.

—Por mis amigas, mato —sonreí.

Y nos comenzamos a besar con intensidad, pero muy diferente también, le notaba deseo, pero a la

vez algo que me transmitía que estaba a gusto conmigo, que se sentía bien y que le apetecía hacerlo.

Me había gustado que se sincerara conmigo, que me contara aquella parte de él, que estaba segura de que le costaba un mundo hablar, pero que fuese conmigo, me había hecho sentir que algo bueno le había transmitido.

—Te aseguro que has traído un poco de luz a esta casa, bueno, tú y esas seis loquillas que te hicieron venir hasta aquí.

—Pues me alegro de eso.

—Por cierto, en la parte de arriba hay un amplio dormitorio a vuestra disposición.

—No hace falta, ya les hemos cogido cariño a las mazmorras.

Sloan soltó una carcajada, me abrazó y volvió a besarme con una ternura que no me esperaba.

Empezó a desnudarme, excitándose mientras mordisqueaba mis pezones y bajaba dejando besos por cada rincón de piel que encontraba.

Lamió mi zona, haciendo que tuviera que agarrarme a la barra de la cocina con fuerza, me penetró con los dedos y ahí mismo me hizo tener un orgasmo.

Cuando lo vi incorporarse, me giré para colocarme en aquella posición como la primera vez que me lo hizo.

—¿Qué haces? —murmuró, besándome el hombro mientras me pegaba a él, antes de que me recostara en la encimera.

—Pues, colocarme para que tú...

—No, no, preciosa, aquí no.

Me giró, cogiéndome en brazos y mientras subía hasta el castillete, dándome mordisquitos en el hombro, yo me abrazaba a su cuello muerta de vergüenza.

Se arrodilló en la cama, recostándose en ella, y se desnudó ante mí, que no podía dejar de contemplar ese cuerpo que tenía.

Me mordí el labio y en cuanto se colocó entre mis piernas, llevé ambas manos a su pecho, subiéndolas y bajándolas mientras notaba que él, se estremecía.

Me besó con esa ternura que me había mostrado en la cocina, acarició cada centímetro de mi cuerpo y volvió a tocarme justo donde más lo deseaba.

No era necesario pues ya sabía él, que estaba excitada más que de sobra.

Y entonces, mirándome fijamente a los ojos, empezó a penetrarme despacio, como si temiera romperme.

Cerré los ojos cuando lo noté dentro por completo, arqueando la espalda y sujetándome a sus brazos, mientras gemía por ese placer que me provocaba.

—No dejes de mirarme, Carlota, por favor —me pidió y juro que casi lloro al escuchar que me llamaba por mi nombre.

Volví a mirarlo, sonrió y me besó mientras se movía, entrando y saliendo, con esa delicadeza que nada tenía que ver con las veces anteriores que lo habíamos hecho.

Esto era mucho más que un polvo, como él dijo que pretendía que fuera. Había sentimientos además de esas ganas y deseos que nos habían llevado hasta este mismo lugar unos días antes.

Abrazándome por la cintura, giró hasta quedarse conmigo encima, me apoyé con las manos en su pecho y noté las suyas en mis caderas, ayudándome a moverme a su antojo.

Se sentó en la cama, abrazándome y besándome, me miró a los ojos y así fue como ambos acabamos, al unísono. Nos quedamos quietos, sintiendo el latido de nuestros corazones, con la respiración entrecortada, unos minutos, rodeados del silencio de la noche.

Se levantó para ir al aseo y me quedé ahí sentada, mirando por la ventana, hasta que lo sentí volver, se sentó a mi espalda, me abrazó e hizo que me recostara sobre él.

—Buenas noches, Carlota —susurró, besándome el cuello.

Capítulo 15



Despertamos sonriendo, los dos, sería de lo a gusto que estábamos o de la complicidad tan grande que se formó el día anterior entre nosotros, y es que fue un día redondo, no solo para los dos, también para las chicas, que por fin habían tenido ese contacto con los que ellas sí consideraron sus hermanos desde el primer momento que su madre les confesó todo en el lecho de muerte.

De repente escuchamos a las chicas reír y sabíamos que estaban entrando al patio a desayunar, cosa que se le había dicho el día anterior.

—Bueno, tenemos que ir con ellos —murmuré, a unos centímetros de sus labios.

—Pueden esperar, seguro que Sim las entretiene —me pegó a él y sentí ese cosquilleo por la barriga.

Y volvimos a hacerlo, besó cada recodo de mi piel y me hizo sentir los deseos en todo su esplendor. Los gemidos no tardaron en sucederse y ahí fue cuando me corrí, intentando contener eso que quería gritar.

Hacerlo con él era una autentica pasada, me hacía sentir cosas que antes no me había pasado y me daba cuenta de que ese hombre me gustaba demasiado.

Nos duchamos y salimos al patio, las chicas y su hermano comenzaron a aplaudir los muy jodidos y nosotros haciéndonos los suecos, nunca mejor dicho.

Desayunamos y Silvia, no paraba de hablar de la barbacoa que se iba a hacer para el mediodía, pero ya comenzaba a planear desde el mismo momento que nos levantáramos para el desayuno.

La verdad es que echamos un rato bastante bueno y la mesa era increíble, pasteles, pan, mermeladas de varios tipos, zumos, té, cafés, fruta, no faltaba ni un detalle.

Después fuimos hacia el lado opuesto de donde dormíamos todas, también atrás de la casa y allí había una especie de gran terraza techada con la barbacoa y una nevera con bebidas.

Los chicos llevaron los platos, vasos y demás, así que nos quedamos ahí hasta empezar a preparar la carne, fue terminar de desayunar y ya estar todos copa de vino en mano y liando el dos de mayo.

¿La culpa? De Silvia, por supuesto, que no se le ocurrió otra cosa que enseñar a los chicos a cantar por Maluma, la de, felices los cuatro, para matarla...

Sim era muy divertido, era como Silvia, le iba la marcha, sin embargo, Sloan era más prudente, simpático, pero mucho más paradito, observaba y se reía, pero no se lanzaba como su hermano que se apuntaba a cantar tarareando esa letra latina.

Pasamos una mañana de risas, aparte de que Sloan, tenía una complicidad conmigo muy grande y con las miradas nos lo decíamos todo. No dudó en más de una ocasión en abrazarme, o acariciarme la espalda e incluso propinarme un beso con el que las chicas decían que era obvio que había cuñada a la vista. ¡La madre qué las parió!

La carne salió buenísima y estaba de lo más jugosa, comimos de pie y es que estaban desmadradas mis amigas, así que charla que te charla con las costillas en la mano y comiéndolas a mordiscos, como Dios manda.

Una copa de vino por aquí y otra por allá, así estuvimos durante toda la comida, además de bailar, algo que no se les daba nada mal a ninguno de los mellizos, por cierto.

Qué manera de mover las caderas, y yo, que había bailado bajo las sábanas con Sloan, podía asegurar con total convicción que era cierto eso que se decía de que quien baila bien, sabe hacer lo otro muy bien.

No faltaron las risas, y ver a Sim disfrutar de sus hermanas era una maravilla, igual que Sloan, que a su modo también empezaba a hacerse querer entre sus hermanas.

—Bueno, yo quiero salir una noche de marcha por el pueblo —dijo Silvia—. Y si me presentas a algún amigo, hermanito —se colgó del brazo de Sim—, muchísimo mejor.

—No sé si atreverme a que los conozcas, que tú tienes un peligro...

—¡Huy, lo que ha dicho! Bueno, pues preséntame a los vecinos de aquellas tierras —señaló hacia la parte en la que la habíamos estado el día que jugamos al escondite, y nosotras acabamos muertas de risa.

Sloan, me abrazaba y dejaba algún que otro beso en mi mejilla, en el cuello o en la coronilla, y yo me sentía como en una nube, vaya que sí.

Pero además es que ese hombre tenía la capacidad de hacerme estremecer con un simple roce, con una mirada.

Me quedaba casi hipnotizada con esos ojos que me observaban como si fuera lo más valioso del mundo.

—Quédate esta noche conmigo —murmuró en mi oído, abrazándome por detrás y dejando su mano sobre mi vientre, mientras hacía que ambos bailáramos una bachata.

—No debería, vine con ellas —señalé a las chicas, que bailaban con Sim, y es que el moreno pasaba de una mano a otra con una soltura impresionante.

—Ni siquiera notarían si nos vamos ahora, así que, no te digo cuando se vayan a la cama.

—Hombre, al ver la mía vacía digo yo que se darían cuenta de mi ausencia, vamos.

—O no, van a estar agotadas de tanto baile.

—Y, ¿para qué quieres que me quede contigo? Mi jornada de trabajo es exclusivamente de día, no hago negociaciones por la noche.

—Te daré un extra, hay que llegar al fondo de esas negociaciones, tú quieres lo mejor para mis hermanas, ¿verdad?

—Bueno, que las reconozcas de ese modo, ya es todo un avance.

—Pasito a pasito, Calota.

—*Suave suavecito, nos vamos pegando, poquito a poquito* —canté por Luis Fonsi, y le saqué una sonrisa.

—Nos pegamos todo lo que quieras —me mordisqueó el labio y ese gesto fue directo a mi zona. Menudo peligro tenía el rubiales— ¿Entonces?

—¿Qué? —Me hice la tonta, cómo me gustaba buscarle la lengua.

—Qué me dices, ¿te quedarás conmigo esta noche?

De sobra sabía él, que acabaría quedándome, pero le iba a hacer sufrir un poquito más.

Cenamos allí mismo, de donde no nos habíamos movido en todo el día, y es que había carne como para hacer tres barbacoas seguidas.

Sloan, siguió pidiéndome que me quedara con él, y al final acepté.

¿Cómo no iba a hacerlo, si me moría de ganas de dormir entre sus brazos?

Capítulo 16



Nos despedimos y nos fuimos para la casa, la verdad es que estaba como en una nube con ese hombre, una nube de la cual me iba a caer en nada, y es que al día siguiente se disolvía todo y regresaríamos para España.

—Sabes... —Me cogió por detrás y besó mi cuello.

—Dime, buen hombre, que ya te puedo llamar así.

—No quiero que te vayas...

—Mira —me puse a reír cayendo hacia adelante mientras él me sujetaba con sus brazos—. Soy abogada, tengo un despacho con mi hermano y créeme que, si no me voy, viene él por mí y nos íbamos a enterar de lo que es bueno.

—¿Y si hago que no te encuentre? —murmuró en mi oído.

—No podrás, así que descarta cualquier idea —me giré y nos comenzamos a besar, pero lo notaba pensativo.

Nos metimos en la cama desnudos, eso sí, tenía una habilidad para despojarse de mi ropa, que era increíble.

Lo hicimos ante un silencio y unas miradas que parecían decirlo todo y es que no sé cómo sucedió, pero los dos cogimos un enganche el uno del otro, que era muy fuerte.

Esa noche nos dieron las tantas entre besos, caricias y abrazos que parecían un, hasta siempre. Lo parecía y bien claro, es más, lo era y es verdad que era difícil saber que no volverías a ver a esa persona que había movido tus entrañas, tu mundo...

—Quédate unos días —me pidió, mientras me acariciaba el brazo.

Estábamos desnudos y abrazados, me tenía recostada en su pecho y yo no dejaba de jugar pasando mis dedos por él.

—Sabes que no puedo, vine con las chicas y...

—Lo entiendo, pero me gustaría que al menos lo pensaras.

Me quedé callada, y es que no me atrevía ni siquiera a contestarle a eso. Si lo pensaba, me liaba la manta a la cabeza y me quedaba no unos días, una semana, pero no podía ser, tenía que volver al trabajo.

Lo abracé con todas mis fuerzas y noté que me daba un beso en la frente, aquello era lo que yo quería sentir cada noche, el cariño que me demostraba con un simple gesto.

Se me saltaron las lágrimas, me las sequé como pude y no dejé que notara que lloraba.

Por la mañana me despertó colmándome de besos y abrazos, lo hicimos antes de ducharnos y salir al patio a desayunar con las chicas.

—Buenos días, preciosas hermanas —dijo Sloan, causando que a mí se me removiera todo, eso de que las llamara hermanas era algo que me emocionaba y mucho, la verdad es que había merecido la pena esas cosas que le dije para remover su corazón.

—¡Me lo como! —gritó Silvia, levantándose y yendo hasta él, para abrazarlo.

Sim, reía como todos y es que era bonito vivir ese momento.

—Voy a echar de menos las mazmorras —dijo Mila.

—Joder, la que se quejaba el día que llegamos —protestó Laura.

—¿Qué quieres? Al final les he cogido hasta cariño. No me digas que no parecía que estuviéramos de campamento, hermanita.

—Te voy a dar yo a ti campamento —le contestó.

—Mira que al final me voy de aquí sin conocer a los vecinos. Muy mal, hermanos muy mal —se quejó Silvia, cruzada de brazos y con los labios fruncidos.

—Venga, que te llevo antes de ir a la notaría —dijo Sim.

—¿Qué dices! Huy, pues espera que voy a cambiarme.

—¡Silvia! —gritamos todas cuando la vimos ponerse de pie.

—Vale, vale. Por favor, qué agresividad —levantó las manos y volvió a sentarse, mientras nosotros no podíamos dejar de reír.

Tras el desayuno nos fuimos todos en dos coches hacia la notaria y la verdad es que nos reímos poco con el señor notario, que no entendía a las chicas, pero estas no se callaban.

Firmamos todos y cobraron sus cheques, la verdad que es que se hicieron de un buen dinero que les serviría de colchón para vivir más desahogadas.

Salimos de allí y los chicos nos invitaron a comer, movimos lo de los vuelos y regresaríamos al día siguiente, así que cuando regresamos a las tierras por la tarde hicimos una barbacoa de despedida.

La noche fue perfecta con las chicas que se comían a besos a sus hermanos y estos a ellas, además de la complicidad que había en todo momento entre Sloan y yo.

Planeaban sus vacaciones de regreso a las tierras en plan familiar y los chicos prometieron ir a España, por supuesto, yo dije de venir cuando ellas lo hicieran y de verlos cuando ellos fueran.

Dormimos juntos y casi lloramos, sí, porque las emociones estaban a flor de piel y porque sabíamos que ahora sí, era nuestra última noche juntos.

Estuvimos hasta las tantas charlando...

—Prométeme algo —murmuró

—Miedo me da, pero dime —le di un beso.

—No vuelvas a estar con nadie hasta que nos volvamos a ver.

—Sloan... —reí en su pecho— ¿Y cuándo se supone que nos volveremos a ver? ¿Y si se cruza alguien en mi camino? ¿Y si es el amor de mi vida? —reí con más intensidad, pero él no lo hizo.

—Mírame a los ojos —cogió mi cara con sus dos manos y la puso muy cerca de la suya— ¿Crees que ahora puedes ver con la misma intensidad a otra persona como lo haces conmigo? —preguntó con un amor que me traspasó por completo y a mí, a mí se me saltaron las lágrimas que él fue secando con sus dedos sin soltar mi cara.

—No, pero eso que me pides...

—Prométemelo, por favor —el brillo de sus ojos me decía que me lo pedía con el corazón.

—Te lo prometo, pero no entiendo por qué quieres...

—Esta no puede ser la última vez entre nosotros, sé que nuestros caminos son difíciles de unir, pero quiero que haya otra vez, te lo pido por favor.

—Vale...

Lo hicimos entre lágrimas. La verdad es que los sentimientos son la leche, sí, la puta leche, te arrancan el corazón donde no hay opción, no, no la había. Él tenía sus negocios, su vida y su casa en este lugar, yo tenía la mía en España, mi sueño que conseguí licenciándome y ejerciendo en mi propio despacho, bueno, de mi hermano y mío, no había alternativa, pero sí que había un gran amor que había nacido de forma fulminante el día que nos conocimos.

Desayunamos todos juntos en el patio y nos llevaron al aeropuerto, las chicas no dejaban de amenazar con que volverían y ellos decían que lo esperaban ansiosos.

Fue un vuelo triste y lleno de dolor, ese que me causaba saber que había vibrado como nunca y no lo había podido retener a mi lado, era triste y doloroso.

Capítulo 17



Dos semanas pasé triste, de llorera, sin ganas de salir, perdí dos kilos y casi la vida, estaba que me moría de la pena.

Ese día era el cumpleaños de Lourdes, así que nos habíamos decidido a salir de cena y luego a tomar unas copas.

Me abracé al verla en aquella terraza, estaban todas, lloré como una niña chica mientras la felicitaba y es que estaba mal, estaba jodidamente mal.

Lourdes, había venido a mi casa a verme, pero realmente yo no había quedado con ella en la calle hasta ahora, por supuesto no le iba a fallar el día de su cumpleaños.

—No llores, preciosa, que me rompes el alma.

—No te preocupes, dos vinos y seguro que se soluciona momentáneamente.

Me senté y Silvia me echó una copa de vino que por poco rebosa, todo para que me la bebiera de un trago y comenzara a reír, como ella decía.

Las había echado de menos, las cosas como son, pero me auto encerré en casa sin querer estar con nadie, no podía quitarme esa pena que arrastraba desde mi vuelta.

—Vamos a brindar por nuestra hermanita, que se nos hace mayor —dijo Laura, con la copa en alto.

—Joder, Laura, que no cumplo dieciocho —rio Lourdes.

—Ya hija, pero un año más, es un año más. Y ya no tienes quince, te acercas a pasos agigantados a la tercera década.

—Y cuando la pases, verás que los años vuelan, te lo digo yo —comentó Carmen.

—Chicas, me estáis asustando a mí —reí—. A ve si no voy a querer llegar a los treinta.

En ese momento sonó el teléfono de Lourdes y era una videollamada de sus hermanos, Sim y Sloan, para felicitarla, se pusieron todas menos yo, no podía, comenzaron a salirme las lágrimas y no pude pese a las insistencias de ellas.

Silvia me miraba con la ceja arqueada, haciendo gestos de que cogiera el teléfono y los saludara, pero no tenía ni las fuerzas ni el valor para hacerlo.

Si lo veía, me echaría a llorar como una niña pequeña y eso no haría más que estropearle el cumpleaños a mi amiga y yo no quería eso por nada del mundo.

Me partía el alma, no había sido capaz ni de ver una foto de esas que nos hicimos, no podía, era superior a mí y no me puse.

La cena no se me atragantó de milagro, pero poco me faltó, tenía un nudo en la garganta que no podía con él.

En todo ese tiempo no había hablado con Sloan, no había sido capaz, es más, le prometí que sería la primera en ponerle un mensaje, pero no podía, era superior a mí, eso de tener que hablar con él y no poder abrazarlo, me iba a matar.

Cuando acabaron de hablar con ellos, las chicas me miraron con unas caritas, que me estaban dando una pena increíble.

—Se quedó el pobre todo triste —dijo Carmen.

—Lo siento, pero no estoy preparada para verlo, esto me está destrozando la vida, no pensé que hubiera quedado tan pillada, no pensé que todo esto me iba a desgarrar de la manera que lo está haciendo.

Ellas me entendían, me intentaron animar, pero claro, me fue costando estar ahí al pie del cañón con la tristeza que tenía.

—Pues mira, organizamos otro viaje para las tierras escocesas y arreglado —dijo Ana.

—¡Eso! Que nos vinimos sin conocer el pueblo, nos lo deben nuestros hermanos, ¿eh?

—Silvia, ¿tú quieres conocer el pueblo, o a los vecinos...?

—A los dos, Mila, hija, a los dos.

—Ya decía yo...

Me tuve que reír, no había otra, y es que cada cual soltaba una más grande que la anterior.

Al final entre copa y copa, me animé un poco y terminamos en un pub donde hasta bailé un rato y todo.

Las chicas decían que eso era lo que me hacía falta, salir y despejarme.

—Si es que te veo hasta más pálida, abogada —dijo Silvia—. Cualquiera día te veo con colmillitos de vampira y todo.

—Anda que no eres exagerada —reí.

—Exagerada dice, mira que un día de estos te veo brilli brilli en la piel al sol. En serio, estás falta de vitamina D.

—Vampira no, pero te vas a tener que poner corrector de ojeras, Carlota, como sigas así de pálida.

—Lourdes, tú tranquila que yo ni me vuelvo vampira ni nada de eso.

—Pero enferma sí que puedes caer —me dijo Mila—, porque seguro que no estás comiendo bien.

—Perfectamente, además ya sabéis que tengo mucho trabajo.

—La excusa de siempre, cómo no —se quejó Ana.

—Carlota, la semana que viene salimos todas, y no me obligues a ir a tu casa, porque te saco de allí por los pelos si hace falta —y yo a Laura, como que la veía capaz de hacerlo, de verdad que sí.

La noche fue mejor de lo que esperaba, aunque me daba pena no haberme atrevido a hablar con Sloan.

Sí, era cierto lo que decían, necesitaba despejarme y, al menos por esa vez, lo había conseguido.

Pero nada, fue llegar a casa a dormir, levantarme de nuevo y sentir todo ese dolor tan intenso que me azotaba desde que regresé de las Highlands.

Y así fue como continuaron las siguientes semanas, esas en las que, aunque es verdad que había días que estaba más animada, otros días me sentía tan mal, que no me aguantaba ni yo misma, cuanto más a los demás.

Iba al trabajo, me agobiaba y necesitaba salir cuanto antes de aquellas cuatro paredes, pero al menos me mantenía distraída, que era de lo que se trataba, no quedarme en casa encerrada pensando más en todo lo que quería y no podía ser.

Me apunté a clases de boxeo, así que cuando comía tras llegar de trabajar, me iba al gym a desfogar dando golpes a esos sacos.

Lo hacía hasta con música, para motivarme más.

Ahí que iba yo como si fuera Rocky, con esa misma canción de fondo, dando un gancho de derecha, otro de izquierda... así, hasta que acababa agotada de tanto golpear.

Eso sí, la música la llevaba en los cascos, que solo faltaba que me oyeran los demás clientes del gimnasio con la melodía de Rocky, que con ella subías las escaleras y me acabarían llamando loca, como poco.

Iba a comer algunos días a casa de mis padres con mi hermano, hacíamos por coincidir los dos, ya que vivíamos cada uno en su casa, así que mínimos dos días en semana, almorzábamos los cuatro.

Procuraba que me vieran bien, pero es que era imposible, si había algo que no podía evitar, era que me notaran en la cara que me pasaba algo, pero bueno...

Otros días quedaba con mi madre para merendar, era mi paño de lágrimas junto a mi amiga Lourdes, además, empatizaban mucho conmigo.

Mi madre decía que no me preocupara, que, si quería volver a verlo, podía ir a Escocia en vacaciones.

Sí, podía, pero después volvería al mismo estado de tristeza al dejarlo allí de nuevo.

Así, poco a poco, fui tomando el control de mi vida, sin olvidarlo, sin ser capaz de llamarlo, de escribirle, pero tenía que salir de esa y hasta que no me viera completamente capaz, no quería hacerlo.

Capítulo 18



Estaba saturada esa mañana de agosto, además era el último día de trabajo antes de mis vacaciones, así que encima se me estaba haciendo de lo más larga.

No sabía ni los cafés que llevaba, de verdad, y al final iba a ser peor porque acabaría atacada de los nervios.

Cuando vi que por fin había dejado todo listo y era la hora de irme, aplaudí emocionada viendo cómo se apagaba el ordenador, solo me hizo falta hacerle un corte de mangas.

Qué gusto daba saber que no volvería a ver a ese ordenador en una buena temporada, vamos.

Me encantaba mi trabajo, de verdad que sí, pero ya tenía ganas de unas buenas vacaciones y, bien merecidas, dicho sea de paso, pues anda que no había sacado buenos casos a lo largo de ese año.

Salí del despacho y me despedí de Aitana, que ya estaba apagando todo, en septiembre la vería, ahora nos tocaba a todos descansar y yo hasta me estaba pensando en irme unos días a Valencia a ver a mi prima Débora.

No había un plan mejor para desconectar y relajarse, que pasar unos días en la playita y al sol, tomando algún que otro mojito y disfrutando de la compañía de mi prima.

No había puesto un pie en la calle, cuando me topé con los ojos más bonitos del mundo y la mirada más dulce que jamás había visto.

—Sloan... —murmuré y de nuevo esas lágrimas cayendo sobre mis mejillas.

—Carlota... —Agarró mis hombros y me besó en la frente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté casi sin voz y llorando.

—Buscando un alojamiento que me quiera aguantar unos días —decía, mientras me rodeaba con sus brazos y me movía sin dejar de besar mi mejilla.

—Tengo una mazmorra... —me salió una risilla.

—La acepto encantado. Llevo toda la mañana con esta —señaló la maleta— por aquí, tomando mil cafés y esperando a que un alma caritativa apareciera.

—¿Por qué no has entrado?

—No, no iba a molestar en tu trabajo.

—Pues deberías. ¿Cómo has venido desde el aeropuerto?

—En taxi.

—Vamos a mi coche, anda —sonreí y le di un beso en la mejilla, momento que aprovechó para abrazarme bien fuerte de nuevo.

No me lo podía creer, me daba hasta miedo el que estuviera aquí, sabía que luego el dolor iba a volver a mi vida de manera más fuerte, pero lo deseaba. Por otro lado, estaba de lo más feliz de saber que lo volvía a tener a mi lado, no sabía por cuántos días, pero ahí estaba, y ahora mismo a pesar del miedo, estaba completamente llena de felicidad.

Desde luego que había sido una sorpresa encontrarlo a la puerta de mi trabajo, vamos, que, si esa mañana cuando desperté, me dicen que iba a ver al escocés que me robaba el sueño, y se había quedado metido en mi mente hacía unos meses, no me lo habría creído.

Mientras conducía no quitó su mano de mi pierna y, cómo no, tampoco dejó de darme besos en la mejilla. ¿De verdad que me estaba pasando eso a mí?

Llegamos a mi casa y volvió a poner sus manos en mi cara y besarme constantemente.

—Te he echado mucho de menos —murmuró, sin dejar de darme besos.

—Yo también a ti.

Llevaba una coleta, y no pude evitar deshacérsela y enredar los dedos entre su cabello, me gustaba jugar con él.

—Me dolió mucho no recibir un mensaje tuyo, pero Lourdes me tenía al tanto y sabía que era mejor no escribirte, ya que tú no querías hacerlo.

—Se me quedó mi vida allí —se me volvieron a saltar las lágrimas y me eché en su pecho a llorar.

—Te llevaste parte de mi vida, Carlota, te la llevaste.

Aquellas palabras no ayudaron a que me calmara, todo lo contrario, me hicieron llorar aún con más fuerza, y es que, si yo me había llevado parte de su vida, cuando él se marchara de nuevo, esta vez sí que me moriría de pena.

—Sé que cuando te vayas, todo será mucho peor, pero me alegro de que hayas venido.

—¿Piensas que me iré y que volverás a pasar lo mismo?

—Sí —afirmé, sin dejar de llorar.

—No, eso no volverá a pasar, tenemos mucho de qué hablar.

Me sequé las lágrimas con ambas manos, pero mis ojos parecían dos grifos abiertos, no dejaba de

llorar y necesitaba calmarme.

—Bueno, pero, por mucho que hablemos sabes que volveremos a separarnos... —Me puse a calentar las papas con choco que hice el día anterior y que iba a congelar bastante, así que me vino de lujo hacer de más.

—He tardado en venir, pero no por eso no he estado haciendo cosas.

—No te entiendo...

—He estado este tiempo hablando con tu hermano, es un gran hombre y lo pasó mal viéndote así.

—¿Qué me estás contando? ¿Qué me he perdido?

No me podía creer que me acabara de decir eso. ¿Cómo era posible que hubiera estado hablando con mi hermano, a mis espaldas? Me parecía a mí que Enrique tenía mucho, pero mucho, que contarme.

—Si no eres feliz aquí sin mí, ¿qué sentido tiene que te quedes?

—Tengo mi trabajo, no puedo tirar todo lo que luché por la borda.

—Sabes que entró en vuestro despacho un abogado nuevo.

—Ya. ¿Y?

—Tú puedes estudiar los casos de Escocia, prepararlos y enviárselos para que lo peleen.

—Sloan...

—Vente conmigo, por favor, además, puedes hacer eso o llevar mi empresa, tienes mil opciones, pero quiero que te vengas conmigo.

—Sloan... —repetí, más nerviosa.

—Me vas a borrar el nombre —sonrió, vino hasta mí y me abrazó—. Solo amé a una mujer en mi vida hasta que te conocí, a ella me la arrebató el destino, esta vez no puedo permitirme que me la arrebatte la distancia —me dijo con tristeza.

—Estoy en shock.

En ese momento llamaron a la puerta y me quedé a cuadros cuando descubrí que era mi hermano.

Le dio un abrazo a Sloan y comió con nosotros.

—Carlota, he venido porque quiero que sepas que, tanto papá y mamá, como yo, te apoyamos en todo. Te hemos visto apagarte todo este tiempo desde que viniste de Escocia y estamos sufriendo sin que te des cuenta, pues sabemos que tu felicidad se encuentra a su lado. Te puedes estampar, claro que sí, pero aquí estaremos para recoger tus pedacitos y recomponerlos, lo que no podemos permitir es verte sufriendo de la forma que lo estás haciendo, no te lo mereces cuando tienes la oportunidad de luchar para conseguir lo que quieres. Como ya te habrá dicho Sloan, hemos estado hablando este tiempo, por eso contraté al nuevo abogado y también hemos buscado la manera de que puedas trabajar desde allí. Con que me estudies los casos y me dejes las opciones ya desarrolladas, yo me apañaré con el compañero. Por favor, piensa ahora en ti, tu familia te apoya y este hombre te quiere.

Y me desmoroné por completo, yo quería vivir mi vida junto a él y si mi familia había movido fichas y querían mi felicidad, yo no me iba a separar más de él.

—Gracias —le cogí a mi hermano la mano—. Gracias, lo necesito, necesito estamparme o vivir feliz, pero quedándome en medio no podré serlo jamás.

—Pues ya sabes, has comenzado tus vacaciones, pero ya no te quiero volver a ver por el despacho, en septiembre espero que solo trabajemos vía online —me hizo un guiño.

Me levanté y lo abracé. La verdad es que no me podía sentir más afortunada de tener la familia que tenía.

Esa noche salimos fuera a cenar con sus hermanas, después de pasar toda la tarde con mi hermano, ese que calmó mucho de mis nervios mientras Sloan, intervenía a cuenta gotas, él escuchaba a Enrique, asintiendo en todo momento.

Las niñas se pusieron locas de contentas cuando les dijimos que íbamos a luchar por lo nuestro. La mejor fue Lourdes, dijo que quién le iba a decir que yo iba a ser su cuñada y la madre de sus sobrinos, eso me hizo reír un montón.

Esa noche lo hicimos entre sonrisas de felicidad, sabiendo que no íbamos a tener esa otra vez que él me pidió, sabiendo que buscaría la vía de volver a estar conmigo y para siempre, de ahí la promesa de que no volviera a estar con nadie.

Capítulo 19



Mis padres estaban encantados con Sloan, esa era la verdad, no había día que fuéramos a comer y no me dijeran en voz baja que ese hombre era un ángel.

Una semana estuvimos entre mi familia y sus hermanas, playa, comer en la calle, cenas, copas y un sinfín de cosas que vivimos esos días antes de macharnos a Escocía.

Llegó el momento y ahora estábamos en el avión, con las manos entrelazadas y mirándonos con una complicidad de esas que desnudaban el alma.

Dispuestos a emprender una vida en común sin miedo a esas horas que faltarían por separarnos, sin esa tristeza que sentí desde la lejanía, no, ya no iba a pasar nada de eso, ahora era el momento de mirar a un futuro en común e intentar disfrutar de ese gran amor que había surgido entre nosotros.

Una vez en el país nos esperaba Sim, que me dio un abrazo muy cariñoso, en su sonrisa podía entrever que era bienvenida, no es que lo dudara, pero verlo reflejado en su rostro, como que daba una gran tranquilidad.

Y sonreí al llegar a las tierras y encontrarme con el castillo dividido como yo le llamaba. Dividido porque tuvo a dos familias divididas, la de aquí y la de España, dividido porque, aunque al entrar en el centro estaba la zona de servicios comunes, dentro, cada hermano tenía su propia casa, así que para mí siempre quedó por ese nombre “El castillo dividido”.

Saludé a Mariah, la cocinera que, al verme, sonrió y vino a darme un beso agarrándose las manos y sonriendo.

—Bienvenida de nuevo.

—Gracias, Mariah.

Entramos a la casa de Sloan y me sorprendió que había dejado todo un armario gigante para mí y hasta en el baño toda una zona para mis objetos personales. La verdad es que me encantaba ese hombre, simplemente era perfecto.

—Es ella, ¿verdad? —pregunté cuando me quedé mirando en el salón una foto que ya había visto muchas veces en la esquina de una mesa rinconera.

—Sí —sonrió con tristeza, cogiéndola y acariciando la imagen.

—Era preciosa.

—Era luz, como tú, capaz de hacer sentir que los días estaban para vivirlos, me has recordado a ella en muchos sentidos —hizo un silencio, mirándola—. Si te molesta...

—Nooo —murmuré cogiendo el marco y poniéndolo en su sitio—. Ahí se quedará para siempre. Claro que no me molesta, no lo puede hacer alguien que te hizo tan feliz.

—Gracias —ahuecó sus manos en mi cuello y me besó en la frente antes de darme otro abrazo, otro de tantos y es que se pasaba todo el tiempo pegándose en su pecho.

Con todo ya colocado, nos fuimos a comer al patio, ese lugar que tanto me gustaba con el tragaluz amplio que tenía en el techo.

Sim, no dejaba de sonreír, parecía que ver a su hermano feliz, lo hacía a él y era normal.

Mariah me hizo un guiño cuando nos puso la comida y es que había hecho esos garbanzos con langostinos que tanto me gustaron cuando los probé la otra vez.

Estuvimos de sobremesa un buen rato charlando con Sim, luego me fui con Sloan al pueblo a pasear un rato y tomar un café.

Me parecía increíble estar ahí, de la mano con él, que era reconocido en aquel lugar y sin embargo me paseaba feliz, saludando y presentándome a la gente como, su prometida.

—¿Desde cuándo soy tu prometida? —pregunté, cuando nos sentamos a cenar en una pizzería.

—Desde que aceptaste venirte a vivir a las tierras.

—¿Y mi anillo? —pregunté, bromeando.

—En mi corazón, eso está por encima de lo material —me tuve que echar a reír.

—Pues yo quiero un anillo.

—Lo tendrás —me hizo un guiño.

—Es broma, era para buscarte la lengua —sonreí.

—Todo lo que quieras, intentaré dártelo —acarició mi mano por encima de la mesa.

Tras la cena regresamos a las tierras y Mariah, nos dijo que se tenía que ir unos días a Glasgow, su hermana había fallecido, la pobre estaba destrozada, pálida y con esas lágrimas que me partían el alma.

—No te preocupes, ahora mismo le digo a Evans —uno de los chicos de las tierras—, que te lleve.

—Gracias, Sloan.

—Ve preparando lo que necesites que en diez minutos salís para allá y tómate el tiempo que necesites.

Y así fue como ella se marchó un rato después, yo me quedé triste pues le había cogido cariño a

esa mujer que tantas miradas cómplices me echó durante los días que estuve allí.

Nos metimos en la casa y nos sentamos un rato en el sofá, Sloan era todo el tiempo atento y cariñoso conmigo, yo me preguntaba si eso sería permanente o se aburriría de mí, la mente humana es lo que tiene, que hasta en los bonitos momentos te hace temer que algo suceda.

Por la mañana me fui a la cocina principal y preparé el desayuno para los tres mientras Sloan, se quedó recogiendo la habitación y haciendo la cama.

Hice lo que pude, que ni yo era Mariah, ni tenía la habilidad de preparar esas cosas que ella hacía, pero zumo, café y té, no faltaron, así como unas tostadas y unos bollos industriales que había en un paquete.

Ellos estaban medio de vacaciones, pero comenzaron a hablar de trabajo mientras yo me mensajeaba con Lourdes, le contaba mi primer día en las tierras y que habíamos salido a pasear.

Luego salí afuera y le hice una videollamada a mi madre, que se puso de lo más contenta al verme con esa sonrisa. La verdad es que en las semanas anteriores lo había pasado muy mal al verme en lo que me había convertido, con esa tristeza que llevaba de forma permanente en mi cara.

Los primeros días allí fueron preciosos, cinco fueron los que tardó Mariah en venir de despedir a su hermana y arreglar todo el papeleo que ello conlleva.

Me fui haciendo muy amiga de ella, amiga es la palabra, le conté mis inquietudes e ilusiones a partes iguales y ella me aconsejaba, además de sonreír al verme feliz o entristecerse cuando algo me inquietaba, pero siempre me animaba.

Mis inquietudes no eran otras que algo saliera mal y es que yo estaba enganchada a ese hombre, a más no poder, pero claro, a él se le veía de igual manera conmigo, aunque eso no quitaba ese miedo que se tiene cuando eres tan feliz, piensas que algo pueda suceder y todo termine.

Yo ayudaba en muchas cosas de cocina a Mariah y es que me sentía bien ahí. A Sloan, no le importaba mientras él se metía en el despacho que tenían arriba del todo, al lado de una habitación de invitados en el centro de la casa.

Bueno, no le importaba porque no me ponía ningún, pero a nada, él me decía que yo tenía que hacer lo que me apeteciera en el momento y nada más.

Luego llegó septiembre y comencé a estudiar los expedientes del despacho y a preparar la defensa para mandarlo todo mascado y que pudieran pelearlo tanto mi hermano, como el compañero.

Me sentaba en el patio, en una mesa que había a un lado, era mi rincón de trabajo, ese que yo había decidido y en el que me encontraba muy a gusto, además, Mariah me tenía de lo más mimada, siempre tenía un chocolate a la taza, un café, un té o algo para traerme mientras trabajaba y todo sin pedírselo.

Sloan algunas mañanas salía por asuntos de trabajo y siempre volvía con unas flores, bombones o algo para colmarme de detalles, y es que no había día que no me sorprendiera.

No podía ser más feliz en aquel lugar donde no solo estaba el hombre del que me enamoré, sino también una vida que estaba amando y disfrutando como jamás pude imaginar.

Capítulo 20



Era la mañana de Nochebuena, yo iba a ir a España en esos días, pero Sloan, estaba pendiente a una cosa y la verdad es que es lo único que me dolió de él, que no tuviera consideración en que eran fiestas familiares y yo las quería pasar con mi familia, ir, iría, pero seguramente para Fin de Año.

Me puse a desayunar en el patio sola, los chicos no estaban, yo me desahogué con Mariah y lloré por eso, no entendía cómo no me había pedido que me fuera yo y él iría luego, pero bueno, por lo demás era un gran hombre y no se podía matar a la persona por un acto que no tuvo.

No me lo había prohibido, solo me dijo que quería acompañarme y terminar unas cosas antes de irnos, que quede claro, de lo contrario si me prohíbe ir a ver a mi familia, por mucho que me cueste y me destroce la vida, me voy así me tire llorando por ese hombre toda mi vida, pero mi familia iba por delante.

Esa mañana noté a Mariah que no me cobijaba como antes lo hacía y pese a saber que lo estaba pasando mal por eso, le quitaba demasiada importancia, como si no empatizara conmigo, pero bueno, al final se lo solté.

—¿Otro té?

—No, Mariah, no quiero nada...

—¿Y ese tono?

—Pensé que eras mi amiga.

—¿Y no lo soy?

—No entiendo que, sabiendo la tristeza que tengo, te lo tomes a risa.

—Bueno, cuando quieras un té me lo pides.

Y se largó. ¿Qué le pasaba a esta?

En ese momento se abrió la puerta principal y... ¡Ahora lo entendía todo!

Mis lágrimas comenzaron a caer por las mejillas y corrí a abrazar a mi familia que venía junto a los chicos, los capullos lo habían preparado todo a mis espaldas y ahora entendí la actitud de Mariah, pasaba de mí porque sabía que se me quitarían las penas en un ratito.

Entendí que Sloan no me había ignorado, había preparado todo para que mi familia lo pasara aquí y no solo eso, por la tarde aparecieron sus hermanas, que solo venían para dos días, a pasar Nochebuena y Navidad. Me emocioné tanto al verlos a todos allí, que supe que tenía a mi lado, a la mejor persona del mundo.

Mis padres alucinaron con el castillo y la división de dentro, las chicas dejaron sus cosas en las mazmorras como las llamábamos y es que al final les había gustado ese lugar en el que encima le habíamos hecho unas obras y lo habíamos dejado chulísimo, todo de piedras y muebles blanco, como si de una gran cueva se tratara.

Mi familia se quedó en el castillo, en la zona de los invitados y Mariah, preparó una cena espectacular, a decir verdad, mi madre se metió toda la tarde en la cocina con ella y la ayudó y es que a mi madre preparar esos días tan especiales siempre le había encantado.

Silvia, había traído en la maleta una pata de jamón, lo que nos reímos fue poco cuando la sacó para que mi padre lo preparara, era del único que nos fiábamos de que lo cortaba bien.

Fue una noche llena de magia, de risas, donde los brindis y los buenos momentos no faltaron,

incluso hubo un poco de palmeo español y terminamos todos cantando por “El barrio” eso sin que los chicos no entendieran ni papa.

He de decir que esos primeros meses allí, los chicos habían aprendido mucho de español, pero muchísimo, ya de eso me encargaba yo en los desayunos, comidas y cenas.

Al día siguiente fue la comida de Navidad y todos tuvimos regalos para todos. Sloan, se dedicó a comprar a escondidas de mí, para no revelar que venía mi familia y la suya.

Pasamos un día precioso y tranquilos. Al día siguiente se marcharon las chicas, me dio mucha pena, pero aún me quedaban mis padres y hermano ahí, que se iban a quedar hasta el día uno de enero, querían terminar y empezar el año con nosotros y eso me hizo muy feliz.

Mi padre disfrutaba mucho de esos paseos por las tierras, ayudaba a los chicos que la mantenían, al igual que mi madre con Mariah, que se pasaba buenos ratos en la cocina, se sentían como en casa y no dejaban de repetirme lo contentos que estaban de que tuviera esa vida tan bonita y sana en aquel lugar que les había enamorado tanto como lo hizo conmigo.

Sloan, mi padre y hermano, tenían una complicidad muy grande, bueno, Sim también, ya que los cuatros se sentaban largas horas en el patio por las tardes a charlar de futbol y demás temas, mientras tomaban unas copas. Así se pasaban todos los días, con ese rato que cogían para ellos, aunque yo iba y venía de la cocina al patio, al igual que mi madre, nosotras a nuestra bola y en todos los fregados.

La noche de Fin de Año fue preciosa y especial, aunque me daba mucha pena que al día siguiente se marcharan, pero bueno, ya iríamos nosotros y ellos volverían, es lo que nos quedaba a partir de ahora.

Por la mañana, tras el desayuno, los acompañamos al aeropuerto y nos despedimos de ellos, que nos abrazaron a los dos con el mismo cariño y es que Sloan, se los había ganado por completo, pues como decían, era un hijo más para ellos.

Regresé a casa y la vi tan vacía de repente que hasta me entristecí, pero ahí estaban Mariah, Sloan y Sim, para volverme a sacar una sonrisa y darme ese cariño que siempre tenían para mí.

—No estés triste, pronto los verás de nuevo.

—Lo sé Sloan y me hiciste muy feliz trayéndolos.

—Vinieron ellos solos —acariciaba mi pelo en aquella cama que era nuestro nido de amor.

—Ya, pero tú los ayudaste con todo, facilitándoles las cosas.

—Son mi familia —me hizo un guiño.

Y sí, para él ya eran su familia y así me lo había demostrado...

Capítulo 21



Era un catorce de febrero muy frío cuando me levanté y él no estaba, ya que se había ido a trabajar.

En mi almohada me había dejado una nota con un “te quiero” y una flor preciosa, sonreí pues yo pensaba que ese día no se celebraba allí, ni siquiera lo había comentado con él, pero me había sorprendido gratamente.

Bajé a desayunar y sonreí mirando a Mariah, me había preparado una mesa de desayuno llena de corazones de una galleta fina que se deshacía en la boca, era una preciosidad.

—El señor me lo encargó —me hizo un guiño.

—Ya me dejó una flor con una nota en la almohada.

—Te quiere mucho.

—Eso parece —sonreí.

—Ni lo dudes, jamás lo vi así, más que con ella —se refirió a su mujer.

—Sí, sé que la amó mucho.

—Como a ti, que le has devuelto la vida y la sonrisa.

—Yo era feliz, pero reconozco que él me enseñó a conocer la felicidad de una forma mucho más

bonita.

—Eso es la llamada del amor.

—Sí —sonreí.

Me quedé ahí toda la mañana trabajando, en el mismo sitio dónde desayuné, estaba preparando un caso de una chica que me hacía empatizar con ella sin conocerla y es que había casos y casos, algunos, aunque no quisieras te traspasaban el alma y veías claramente su verdad.

A la hora de la comida, lo hice con los chicos cuando llegaron. Veía a Sloan con algo de misterio en su sonrisa, el jodido sabía ponerme nerviosa y lo conseguía. Sim, que se daba cuenta, se echaba a reír, tremendo era y encima se metía en todos lo berenjenales.

Nos fuimos hacia la casa después de comer y me quedé a cuadros cuando vi ese pasillo lleno de flores haciendo el camino hasta el salón donde había una botella de vino espumoso con dos copas y una cajita abierta con una sortija, lo miré atónita.

—Y con esto —lo cogió y arrodilló un pie mientras yo ya me imaginaba algo y me ponía incrédula las manos en la boca—, quiero pedirte, que me concedas el honor de ser tu esposo y cuidarte cada día de esos que la vida nos permita estar juntos.

—Me acabo de morir de amor —murmuré, con las manos en el pecho.

—¿Entonces? —Lo sacó de la cajita y me agarró la mano.

—Entonces, pónmelo y ya luego veremos —reí de lo más emocionada.

—Bueno, eso es trampa y rompe el momento —se echó a reír, besando mi mano.

—Tú dale, que eso ya pasa a ser parte de mi colección de joyas —me encantaba buscarle la lengua.

—Este verano, este es el que quiero que te cases conmigo, aquí en Escocia.

—Pues voy a tener que ir eligiendo ya el vestido —arqueé la ceja.

—¿Entonces...? —Puso el anillo al comienzo de mi dedo para ir metiéndolo.

—Claro que me caso contigo —dije, agachándome y dándole un beso.

Claro que me casaba con él, sin dudarlo, sin pensarlo, estaba loca por hacerlo, lo amaba más que a mi vida y convertirme en su mujer, era lo más parecido a un sueño.

Sabía que un día llegaría ese momento y había llegado, él ya había estado casado y pensé que eso lo haría dudar de nuevo, meterse en una segunda boda, pero no, lo deseaba tanto como yo y es que no me podía imaginar que me lo pidiera tan pronto.

Esa noche salimos a cenar a un restaurante en el que había reservado mesa, fue precioso, ya que todo estaba ambientado en ese día del amor, ese día que tantas veces dije a lo largo de mi vida que era algo comercial y que el amor era todos los días, pero cuando estas enamorada y te preparan cosas tan bonitas, te das cuenta que es un día más para quién no ama, o quién no tiene una relación desde el corazón, como si la llama se les hubiera apagado, pero para mí, ese día, se había convertido en uno de los que jamás olvidaría. Ese catorce de febrero que hincó la rodilla en el suelo y me pidió que me casara con él.

Tras la cena regresamos al castillo, hacía mucho frío como para estar por la calle esa noche, así que después de un día espectacular tocaba irnos a nuestro nido de amor, ese en el que nos despojamos de la ropa y quedamos desnudos para unir de nuevo nuestros cuerpos, esos que desde que nos conocimos no dejaron de hacerlo.

A la mañana siguiente se lo conté a Mariah mientras desayunaba, esta se puso de lo más contenta y me dio un abrazo de esos que se notaban que eran de corazón.

Luego le hice una videollamada a mi madre y le conté todo, se puso de lo más feliz y me dijo que me fuera unos días allí, para ayudarme con el vestido de novia que ellos me regalarían.

Le dije que sí, que lo hablaría con Sloan, ese que inmediatamente me dijo que, por supuesto, que me fuera para España unos días y comprara el vestido.

Las chicas se pusieron locas de contentas cuando las llamé de forma grupal y se lo conté, los vítores, felicitaciones y aplausos, no dejaron de sucederse.

Lo preparé todo para irme a España una semana, sabía que lo iba a echar mucho de menos pero también me apetecía estar con mi madre y elegir ese vestido para el día más importante de mi vida.

Sloan, me llevó al aeropuerto y allí nos despedimos con un abrazo y un beso de esos que llegan al alma, mientras nos decíamos cuanto nos queríamos y nos íbamos a echar de menos.

Él, por el trabajo no podía venir, ya que tenía unos días fuertes, lo comprendí totalmente, pero ahí estaba yo, en el avión, para ir a comprar ese vestido con el que caminaría al altar para dar el “sí quiero” a ese hombre que un día apareció y enamoró mi vida.

Capítulo 22



Ahí estaban mis padres, en la salida de la terminal y esperándome con un ramo de flores, tan monos ellos, me los comí a besos.

Nos fuimos a comer con mi hermano, al que fuimos a recoger al despacho y aproveché para saludar a mis compis, que me recibieron con mucho cariño y llenos de sonrisas.

Pasamos un almuerzo de lo más divertido y emocionante, a mi familia esa boda les había caído genial y no es que la aprobaran, es que la apoyaban al cien por cien y eso era lo que más feliz me hacía.

Pasé un precioso primer día con ellos, donde hubo comida, merienda y cena, lo pasamos juntos en familia, esa que siempre mantuvimos de lo más unida y es que los amaba, los amaba con todas mis fuerzas, todo lo que era se lo debía a ellos, sin duda.

A la mañana siguiente estábamos mi madre y yo, solas, desayunando para ir a la cita con la tienda de novias, ella se había encargado de reservarla y es que era el más codiciado de los diseñadores de la ciudad.

Nos recibieron con mucho mimo, todo estaba allí muy cuidado en detalles, me gustaba ese lugar y lo que comenzaba a ver. Pronto tuvimos mi madre y yo, un amor a primera vista con un vestido que fue probármelo y a las dos se nos saltaron las lágrimas. Era ese y nada más que ese, el que debía y tenía que lucir el día de mi boda.

Salimos de lo más contentas de allí, además era mi talla y me quedaba perfecto, lo mejor de todo es que volvería un mes antes a por él, en esta ocasión me acompañaría en el viaje Sloan, aunque no lo vería.

Así que mi madre lo dejó pagado y quedamos en que la última prueba sería cuando viniera a recogerlo.

Cuando le conté a Sloan que ya tenía el vestido, se puso de lo más contento y es que se le veía tan ilusionado con la boda, que me hacía sentir que íbamos en la misma dirección, con los mismos sueños, con las mismas ganas.

Esos días aproveché para estar con mis cuñadas, ya las llamaba así y es que lo eran, además, sentían adoración por sus hermanos, esos dos chicos que no se lo pusieron nada fácil al principio, pero que al final cayeron rendidos a los pies de estas, y no era para menos, ya que eran seis soles.

La semana pasó rápida a pesar de lo que echaba de menos a mi futuro esposo, así que ya estaba de vuelta en ese avión y contando los días para ese enlace en el que todos irían y participarían de nuestra felicidad.

Sloan, me cogió en brazos al verme, dio hasta vueltas conmigo en aquella terminal, ante los ojos de todo el mundo y es que era cierto que estaba loco por verme, al igual que yo a él.

Preparé la cena con Mariah, mientras Sloan terminaba de hacer unas cosas, así que le expliqué como era el vestido y como lo había pasado en España, ella se emocionaba con todo y vivía mi felicidad como si de la de ella se tratara.

Esa noche tras la cena nos fuimos pronto para nuestro nido de amor y es que teníamos las emociones y los sentimientos a flor de piel, así que no había mejor manera que soltarlos en esa cama uniendo nuestros cuerpos y traspasando ese amor que había entre nosotros, transformado en deseos.

Además, era increíble la buena energía que me daba aquel lugar, estaba pletórica, sonriente, ardiente, era una mezcla de todo, todo aquello que en aquel momento se envolvía con aquella pasión.

Los siguientes días fueron de lo más bonitos y es que no dejábamos de hablar de lo que queríamos para ese día, aunque reconozco que Sloan, me lo ponía difícil con ese misterio que se traía entre

manos y que lo reflejaba con aquella sonrisa de tenerlo todo controlado y a su manera.

Mariah, me cuidaba muchísimo y me daba un amor que no era como el de una madre, pero sí lo más parecido, además, comprendía esos momentos de nervios e ilusión que estaba viviendo antes de la boda y es que eso es algo que vivirlo, es lo más semejante a la más absoluta de la felicidad.

Un día me fui al pueblo, bueno yo le decía pueblo y Sloan me decía ciudad, pero yo lo llamaba así y es lo que había. Total, que me fui decidida a comprarme un conjunto de lo más sexy para sorprender a mi prometido esa noche y es que me apetecía hacer algo sugerente y chulo.

Y vaya si encontré un body blanco que era una preciosidad, con tiras muy finas cruzadas por la barriga y unos encajes en el pecho, que era de lo más sensual, al final me pillé hasta una liga del mismo color. Esperaba que le gustara o al menos que le pusiera palote, porque yo lo veía como una preciosidad.

Le encantó, aparecí así por el salón después de ducharme y un, ¡wow!, salió de su boca. Lo más gracioso es que compre una fusta para hacer el papel, así que aparecí con ella dando latigazos al suelo y se tuvo que reír, cogirme y sentarme sobre su regazo mientras esas carcajadas no se le pasaban por mucho que lo intentara.

Le había gustado porque no me lo quitaba, me metió mano de mil maneras, pero el body no lo quitaba, hasta que ya nos fuimos a la cama y allí sí me lo quitó para poder hacérmelo como él sabía, con esa intensidad y pasión que desprendía con cada acto.

Disfrutamos como locos, hasta me repitió tres veces que le había encantado que apareciese así y que hubiera ido a comprar algo para sorprenderlo y, vaya si lo sorprendí, que se le quedó dibujada la sonrisa en su cara hasta cuando se quedó dormido.

Capítulo 23



Y llegó el gran día...

—¿Dónde está la novia? —escuché que preguntaba Silvia.

La novia, esa era yo.

Sí, me casaba con Sloan. ¿No era increíble?

Llevaba un año viviendo con él en las tierras y estaba a punto de darle el “sí quiero” y convertirme en su esposa.

Un año, qué rápido pasaba el tiempo cuando se vivía feliz y enamorada hasta la médula. Porque así estaba yo, enamorada de ese condenado escocés que me recibió en esta casa con esa chulería y prepotencia que no eran más que una coraza.

—¡Carlota, por Dios! —gritó Lourdes, esta vez.

No es que me estuviera escondiendo, ni mucho menos, que había una razón más que justificada para estar sola en este instante. Ya se enterarían después.

Abrí la puerta de la casa y llamé a las chicas, no tardaron en aparecer con la cara descompuesta.

—¡Te parecerá bonito el susto que nos has dado, puñetera! —protestó Mila.

—A ver si no voy a poder ir yo solita a hacer pis, que ya tengo veintinueve años, ¿eh?

—Anda, tira para la habitación que te vistamos y arreglemos, que todavía nos quedamos sin hermano mayor por tu culpa —Carmen, me metió casi a empujones en la casa, y yo muerta de risa.

—¿Mi culpa? Si está delicado de salud me lo vais diciendo ya, no sea que me quede viuda en la noche de bodas, o antes.

—Delicado de salud, no, nervioso, está como para ir a robar panderetas, vamos —reí más aún, al escuchar a Ana.

Me ayudaron a ponerme ese vestido del que me había enamorado nada más verlo en la web de la tienda, era precioso y perfecto para mí.

Entallado, con una pequeña cola, todo de gasa, la parte delantera, con unas flores de encaje y escote en v, igual que la parte de la espalda que quedaba completamente al aire, y cubriendo los brazos hasta el codo, unas mangas capeadas, monísimas.

Laura se encargó de recogerme el pelo en un moño alto y despeinado que me encantó, mientras que Lourdes, me maquillaba con tonos marrones y los labios en rosa.

—Carlota, Sloan nos dio esto —dijo Silvia, entregándome una cajita.

Al abrirla sonreí al ver unos preciosos pendientes largos de perlas.

—Eran de su madre, y quería que ella también estuviera en este día con él —miré a Silvia y estaba llorando, igual que las demás.

—Son preciosos —me los puse, mirándome en el espejo.

—Se va a morir cuando te vea —sonrió Laura.

—Eres la novia más guapa que he visto nunca —Lourdes, me abrazó y besó mi frente—. Me voy, que soy la madrina —hizo un guiño y asentí.

Sí, la pequeña de las seis hermanas sería la madrina del mayor de los dos hermanos.

Cuando Sloan me dijo que quería pedírselo a una de ellas, no me dio el nombre y, en el momento en el que la interesada lo supo, me hizo una videollamada para llorar y saltar de alegría. En el fondo, si Sloan y yo nos habíamos conocido, fue por ella, por la amistad que me unía a Lourdes desde hacía tantos años.

Yo también se lo pedí a mi hermano, después de hablarlo con mis padres y decirles que Sloan iría con una de las chicas, me dijeron que les parecía buena idea.

Mi hermano lloró como un niño chico cuando se lo pedí, decía que ese honor le correspondía a nuestro padre, como mandaba la tradición, pero le dije que, o era él, o no me casaba y a ver qué contaba a Sloan.

—¿Lista? —Ahí estaba mi hermano, guapísimo con el tradicional traje escocés para las bodas.

—Enrique, hijo, qué bien te queda el kilt —dijo Silvia, levantándolo un poquito.

—¡Eh! Lo que hay debajo es privado.

—¿Te estás guardando para el matrimonio, Kike? —rio Laura.

—No soy casto, pero vamos, que esto —señalo todo su cuerpo— lo disfrutaré solo mi esposa en cuanto acepte casarse conmigo.

—¿Y ya hay candidata? —curioseó Mila.

—La hay, pero ella aún no lo sabe.

—Huy, qué misterioso, hijo mío.

—Carlota, hija —nos giramos todos al escuchar a mi padre— ¿En serio? —me preguntó,

señalándose.

Y tan en serio, que, si me casaba en Escocia, ahí iban a vestir con el kilt mi hermano y mi padre también.

—Bien guapo que vas, papá —le abracé.

—A mis años y con faldita, estas fotos no se enseñan a nadie que me conozca, ¿estamos?

—Anda, no te quejes. Venga, baja con las chicas —sonreí.

—Eso, tú con nosotras, que así presumimos de escocés cañón —Silvia, se colgó de su brazo y se lo llevaron entre risas.

—Así que, tienes candidata, y no me habías dicho nada, ¿eh, pillín? —dije, acercándome a mi hermano.

—Ya te enterarás, aunque, la mujer que me gusta, tú ya la conoces.

Fruncí el ceño, y es que eso significaba que podría ser de nuestro despacho de abogados.

Bajamos hacia las tierras y fuimos a la parte en la que todo estaba preparado para ese día.

La sonrisa de Sloan al verme, fue la más bonita que yo había visto jamás. Estaba guapísimo con un kilt, de cuadros azules y grises, igual que el de su hermano Sim, ese soltero de oro escocés que decía que nunca se casaría.

Hasta mi amiga Lourdes, que estaba a su lado, se emocionó al verme.

—Sloan, te quedas lo más valioso para mis padres y para mí. Espero que seáis muy felices.

—Gracias, cuñado —le estrechó la mano.

Y nos casamos allí, en esas tierras que ya eran mi hogar, y así sería el resto de nuestras vidas.

Habían venido muchos amigos tanto de Sloan como de Sim, y ahí estaban a las chicas revolucionadas mientras se los presentaban.

Estos, al saber que los mellizos tenían tantas hermanas guapas, no perdieron tiempo en hablar y bailar con unas y otras.

Bueno, lo de hablar, el que se defendiera con el español, porque a ellas el inglés aún les costaba un poco, aunque habían estado estudiándolo todas durante ese tiempo.

Llegó el momento de bailar, y ahí que me llevaba mi recién estrenado marido cogida de la mano, me abrazó, besó mi frente y empezamos a movernos al son de una bonita melodía que hacía que se me erizara la piel.

Era una de esas músicas celtas que, sin letra, podía hacerte sentir todo aquello que quería transmitir.

—¿Te he dicho que eres la novia más hermosa que he visto nunca?

—Bueno, seré la segunda —reí, y cuando entendió que lo decía por su primera esposa, sonrió, negando.

Nos besamos, me rodeó por la cintura con fuerza y yo, que le abrazaba con ambos brazos alrededor de su cuello, aproveché para darle mi regalo de bodas. Uno de lo más inesperado, la verdad, pero que sería muy bien recibido.

—Estoy embarazada, Sloan.

Se quedó parado allí en medio, mientras la música seguía sonando, me miró a los ojos y, al verme sonreír mientras asentía, se le saltaron las lágrimas y me abrazó aún más fuerte.

—¿De verdad?

—Sí —llorábamos los dos, mientras los demás no sabían qué pasaba.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes de empezar a vestirme, estaba encerrada en el baño mirando la prueba que me he hecho.

—Mañana vamos al mejor ginecólogo que encontremos, quiero ver que todo está bien.

—Estamos de luna de miel —volví a reír.

—Bueno, podemos aplazarla unos días.

—Vale, si así te quedas más tranquilo.

Nos besamos, me cogió en brazos levantándome en el aire, y, tras hacerme girar, dio la noticia.

Epílogo



Seis años después...

Si echaba la vista atrás, podía decir con total seguridad, que jamás me arrepentiría de la decisión que tomé dejando España para vivir con Sloan en Escocia.

Siete años hacía de aquello y disfrutaba de su compañía y su amor como el primer día.

Seis años casados y recordaría el momento en que bailamos y le dije que estaba embarazada, cada día del resto de mi vida.

Habíamos crecido con la llegada de nuestras mellizas, Rosslyn y Ailie, que ya tenían cinco años.

Nada más saber que serían dos niñas, tuve claro sus nombres, los que llevaran las mujeres más importantes en la vida de Sloan, antes de conocerme a mí.

Rosslyn, esa mujer que le dio la vida y le enseñó a ser un gran hombre.

Y Ailie, aquella chica a la que amó y se fue siendo tan joven.

Los nombres de mis niñas eran un secreto, nadie los supo, hasta que las tuve en brazos y se los dije a él. Lloró, me dio las gracias entre besos y supe que había hecho lo correcto.

Sim, mi cuñado y amigo Sim, ese que decía que no se casaría... pues claro que lo hizo, en cuanto llegó otro terremoto como yo, a revolucionarle las hormonas y los días.

Maela era una abogada de Escocia con la que había contactado para que me ayudara con los casos mientras estaba embarazada, y una vez que las niñas nacieron. Desde entonces, y con lo bien que trabajábamos juntas, le dije a mi hermano que la quería conmigo aquí. Así que empezó a ser una más de nuestro bufete.

Y el amor llegó un día para ambos y acabó casándose hace tres años y ahora son los felices padres del pequeño Sloan, como su tío y padrino.

Mi hermano también se casó y, como bien dijo, yo la conocía, claro que lo hacía, era Micaela, una de las abogadas que teníamos en España.

Además, soy tía también por su parte, pues tuvieron a Carla, una preciosa niña de tres años a quien, cada vez que veo, me como a besos por lo lejos que la tengo.

A nosotros nos llegó una nueva bendición con la llegada de Kenrick, ese niño que alegró aún más nuestros días.

Desde que Sloan supo que estaba embarazada, mandó construir una casa para nosotros en las tierras, fuera de castillo, aunque seguíamos conservando aquella en la que vivimos desde que me mudé, pero quería que tuviéramos un lugar para nosotros y nuestros hijos.

Las chicas, en estos años, no ha habido unas solas vacaciones de verano, Navidad o fiestas que no hayan venido a visitarnos, además, les encantaba pasar todo el tiempo que podían con sus sobrinos.

Ellas también encontraron el amor, uno de esos que cala tan hondo que dejas todo atrás por luchar por esa persona.

Todas casadas y con hijos, imaginad cómo son las Navidades en el castillo dividido, aparte de divertidas, por supuesto.

Carmen, es la única que tiene trillizos, Pedro, Raúl y Carlos, de cuatro años. Mila, tuvo a las mellizas Inés, como su madre, y Sofía, tres añitos tienen esas preciosas princesas.

Laura, es la mamá de los mellizos Miguel y Susana, también de tres añitos.

Luego llegaron Camila, de dos años que es hija de Ana, y Samuel, el hijo de Lourdes, que acababa de cumplir un año.

Y por último tenemos a Silvia, quien, por sorpresa y sin esperarlo, nos hará tíos de dos gemelos, a quienes llamará Alec y Rodrick, como así se llamaba el padre de ellas y de sus hermanos.

Como decía, las reuniones navideñas en el castillo eran increíbles, y es que con tantos niños la alegría y emoción estaban más que aseguradas.

Ver esas caritas al ir al árbol y encontrarse tantos regalos, era lo mejor que teníamos todos los adultos en esos momentos.

Mis padres también venían a pasar largas temporadas con nosotros, sobre todo en verano, y es que aprovechaban las vacaciones de Enrique para regresar a España con él, que venía en agosto a que los primos estuvieran juntos.

Poco podría haberme imaginado, cuando acepté llevar el caso de la herencia de mis locas amigas, hacía ya ocho años, que mi vida daría un giro tan grande en apenas unos días.

Ese viaje me trajo el amor, la pasión y esas ganas de estar el resto de mi vida con alguien, yo, que siempre creí que no me llegaría el amor hasta al menos los treinta y cinco años, puesto que desde que acabé la carrera de derecho vivía por y para el trabajo.

Pero así es la vida, las cosas llegan cuando menos lo esperamos para darnos ese choque de realidad y demostrarnos que, desde que nacemos, tenemos escrito nuestro destino.

Y el mío no era ser una de las mejores abogadas de España junto con mi hermano, que también, y no es que yo lo diga, sino la mejor de todo Fort Williams, donde no había mes que no me llegara un caso de una herencia, o un despido o muchos otros, y es que, si Sloan y Sim eran conocidos por aquellas tierras, las abogadas con las que se acabaron casando, lo eran aún más.

—Carlota, tu hermano está a punto de llegar —escuché a mi madre, que había venido a la cocina a avisarme.

Cierto, un nuevo verano más mi hermano venía a pasar aquí unos días y, a su vuelta, se llevaría papeleo que yo había estado terminando para que revisara un par de casos cuando se reincorporara.

—Pues perfecto, Sloan y Sim, están ya preparando la barbacoa.

—Me voy llevando a los niños —dijo, dándome un beso en la mejilla.

—¡Mami! —gritó Ailie— Kenrick ha vuelto a sacar todos sus juguetes de la caja. Yo ya no los recojo más —se cruzó de brazos, enfadada.

—Mi niña, eres la mayor.

—Rosslyn también lo es —se quejó, y ese ceño fruncido que tenía, igual al de su padre, me sacaba la sonrisa.

—Sí, cariño y ella, seguro que está recogiendo todo. Venga, sube a ayudarla, que los tíos y la prima no tardarán en llegar.

—Vale, pero si vuelve a sacarlos otra vez, se los tiro por la ventana.

Salió enfadada de la cocina y fue al pasillo para volver arriba, miré a mi madre y no dejaba de sonreír mientras negaba.

—Es igualita que tú, hija, no me lo niegues.

—Yo no amenazaba con tirar los juguetes de mi hermano, más que nada porque la pequeña era yo —arqueé la ceja.

—Ya, si lo digo por el genio. Esa lleva la abogacía en la sangre, te lo digo yo.

—Y bien buena que será —escuché a mi hermano que acababa de entrar.

—¡Enrique! —No podía evitarlo, cuando lo veía, me lanzaba a sus brazos igual que el día que me licencié como abogada.

—Estás preciosa, Carlota.

—Siempre que me ves, me dices lo mismo.

—Porque es cierto. Escocia te ha sentado de maravilla y no sabes cuánto me alegro de la decisión que tomé hace siete años. Quería volver a verte sonreír, ser feliz, y lo he conseguido.

Me abrazó y me eché a llorar en sus brazos.

Y es que, cuando mi hermano me dijo que había movido todo para que yo me pudiera marchar donde estaba mi felicidad, no me lo creía.

Pero así fue, esa felicidad que encontré en Escocia, en el que para mí siempre sería el castillo dividido, era la que me tenía reservada aquel viaje donde, siete amigas, se embarcaban hacia lo desconocido.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora